

La depresión agraria de la Baja Edad Media: Un enfoque teórico

Rafael Domínguez Martín

"La historia medieval puede proporcionar al economista información empírica para verificar sus deducciones y al historiador materiales para elucidar cuál de los métodos deductivo-formales del economista pueden ser aplicados con propiedad".
Eileen Power (1933: 109).

INTRODUCCIÓN

La depresión agraria bajomedieval constituye uno de los movimientos cíclicos de larga duración característicos de las economías preindustriales. En este tipo de economías, de base agraria, muy lento progreso tecnológico, estructura institucional ineficiente o demasiado rígida y una función de producción dominada por la combinación de tierra como factor fijo y trabajo poco cualificado como factor variable (Hilton 1978b: 146-147, 151-153), el escenario que visualiza el historiador no es, a pesar de todo, estático. Por mucho que se modelice para contrastarlo con las economías de la industrialización, el mundo preindustrial estuvo sujeto al cambio económico. Tradicionalmente, y, en particular, en lo que se refiere al sector agrario, ese cambio ha sido abordado con las herramientas de la dinámica magna de los economistas clásicos (incluido Marx) y con el concepto de ciclo plurisecular propuesto por el sociólogo de la escuela durkheimiana Françoise Simiand (Goldstone 1991: 53).

Simiand distingue dos fases en su ciclo: una fase de expansión (A) y una fase de depresión (B). En la fase A, los hechos estilizados identificables son el aumento de la población, los precios de las subsistencias y la renta de la tierra, y la caída de los ingresos reales de los campesinos (y también de los trabajadores urbanos); en

Artículo recibido en redacción: 22/11/1994. Versión definitiva: 6/11/1996.

Quiero dejar constancia de mi gratitud con Domingo Gallego, Miguel Rodríguez Llopis y Blanca Sánchez-Robles por sus sugerencias y comentarios, y también con Josep Fontana que me autorizó a citar una pequeña joya suya inédita. Los evaluadores anónimos realizaron varias observaciones que, asimismo, he tenido en cuenta. Como es obvio la responsabilidad del trabajo es, en cualquier caso, exclusivamente de quien suscribe.

Rafael DOMINGUEZ MARTIN es Profesor Titular de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad de Cantabria. Dirección para correspondencia: Departamento de Economía, Universidad de Cantabria. Avda. de los Castros s/n, 39005 Santander. e-mail: domingur@ccaix3.unican.es

consecuencia, hay un crecimiento del producto total pero, a largo plazo, se produce un estancamiento o incluso un descenso del producto per cápita: esta es la descripción que, en principio, parece corresponder a la situación de la Europa medieval durante los siglos XI hasta algún momento entre principios y mediados del siglo XIV. En la fase B, el volumen de la población, los precios de los cereales y la renta de la tierra caen, y los ingresos reales de los campesinos (y también de los trabajadores urbanos) aumentan; el resultado es una caída del producto total pero un aumento del producto per cápita, cosa que parece sucedió en la Europa de la Baja Edad Media, entre la segunda mitad del siglo XIV y fines del XV ¹.

Es, por tanto, en esta fase de depresión donde se centra el trabajo. En la primera parte del mismo se trata de establecer los hechos referidos a la evolución de la población, los precios, la renta de la tierra y los ingresos reales durante la depresión. En la segunda, se examinan las causas de ese cambio dentro del ciclo, a través de la exposición y crítica de las teorías que se han aducido para explicarlas: la teoría de la población, inspirada en las obras de Malthus y Ricardo; la teoría de la subinversión, de raíz marxista y supuestos veblenianos; y la teoría de los accidentes históricos, en donde se valoran sucesivamente los papeles del clima, la guerra y la peste. Para estudiar toda esta problemática me he valido tanto del análisis histórico, en su sentido más interdisciplinar (historia económica y social, historia agraria, demografía histórica, historia del clima, historia de la medicina, geografía histórica, materialismo cultural), como de los instrumentos de la caja de herramientas que la teoría económica ha ido acumulando a través del tiempo. Mis prioridades, en consecuencia, no consisten en elaborar un simple estado de la cuestión sobre la depresión agraria bajomedieval (aunque el trabajo creo que, en gran parte, puede servir a ese propósito), sino más bien buscan sugerir la utilidad de la historia medieval (y, en particular, la de ese período) para economistas e historiadores de la economía, en el espíritu de la frase de Eileen Power con la que se encabeza el artículo. Este es mi relato y estos son mis argumentos.

1. HECHOS

Población. El crecimiento demográfico iniciado a mediados del siglo X parece que se detuvo en casi toda Europa entre 1310 y 1320, y luego continuó ralentizado hasta mediados del XIV (Grigg 1980: 79; Persson 1988: 89). Entre esa fecha y mediados del siglo XV, la población del norte de Francia se redujo a la mitad, y la de todo el reino, igual que la de Inglaterra, los Países Bajos, Alemania y Escandinavia, probablemente cayó en un tercio, cesando la expansión hacia los territorios de Europa

¹ Esta es la conclusión a la que llegan NORTH y THOMAS (1971: 21-23), BOIS (1976: 356-360), GUNDERSON (1977: 91), KRIEDTE (1983: 13-17) y GOLDSTONE (1991: 54). Nótese la familiaridad de la descripción de Simiand con el análisis del flujo circular entre las tres clases que ya distinguiera Quesnay y con la teoría malthusiana: como han señalado GOODFRIEND Y McDERMOTT (1995: 117), la condición para que la población y el producto per cápita se muevan en direcciones opuestas es, obviamente, la existencia de una tecnología sujeta a rendimientos decrecientes.

oriental (Hodgett 1974: 216; Abel 1978: 70-71; Fourquin 1979: 252; Koenigsberger 1991: 260). Con bastante seguridad se puede afirmar que, en términos agregados, los niveles de población de la primera mitad del siglo XIV no se volvieron a alcanzar hasta finales del siglo XV y, en algunos países, incluso más tarde (Cipolla 1992: 183).

Precios. La caída de la población fue acompañada de un descenso menos que proporcional de la producción, debido a la situación de subempleo agrícola anterior. De manera que los precios de los cereales, tras un repunte motivado por la desorganización de la agricultura provocada por diversas circunstancias como la peste y la guerra, cayeron. Dicha caída fue la consecuencia de factores microeconómicos, tales como el descenso de los costes respecto a los niveles alcanzados entre fines del siglo XIII y mediados del siglo XIV (según las zonas) o el crecimiento de las cantidades comercializadas (típica estrategia campesina cuando descienden los precios); y también de factores macroeconómicos, como la escasez de plata y, sobre todo, la reducción de la demanda. Como era de esperar, el resto de los productos agrícolas (vino, cerveza, aceite, carne, lácteos) o descendieron mucho menos o se mantuvieron debido a su mayor elasticidad a los cambios en el ingreso². Hay que tener en cuenta, además, que, como los precios de los productos manufacturados –de demanda también más elástica– tuvieron una mejor evolución relativa, los términos de intercambio para los productores de cereales se tornaron relativamente desfavorables, lo que favoreció entre los señores y los campesinos una reasignación de recursos en favor de los cultivos de demanda más elástica (Slicher van Bath 1959: 177-178; Hodgett 1974: 228-229; Day 1987: 100-102; Van der Woude 1987: 383).

Renta de la tierra. Como consecuencia de la caída en el número de quienes pagaban la renta y del aumento de su productividad media, los ingresos de los señores en concepto de rentas descendieron drásticamente, entre un tercio y un 70 por 100, si se toma como referencia el período de fines del siglo XIII³. Esto, unido al estancamiento o descenso de los ingresos provocado por la evolución de los precios, dio lugar a diversas reacciones entre la nobleza. En Inglaterra, donde las reservas señoriales constituían todavía una parte significativa de la tierra (un 30 por 100), los señores y algunas ciudades parásitas (es decir, que actuaban como verdaderos señores colectivos) intentaron resucitar viejos derechos y laminar los adquiridos por los campesinos, o simplemente usurparon aquellas fincas campesinas que quedaron vacantes, dando lugar a un activo mercado de tierras en el que empezaron a invertir verdaderos empresarios agrarios, lo que ocurrió también en el norte de Italia y en los Países Bajos como continuación de un proceso que ya había comenzado en el siglo XIII. En España, Francia y Alemania occidental, donde las alteraciones monetarias agravaron la caída de las rentas y los señores mantenían reservas de menores pro-

² Las pruebas, esencialmente cuantitativas, de lo anterior se pueden ver en SLICHER VAN BATH (1959: 151-152, 167-169, 205-207), VILAR (1959: 278-279), DUBY (1962: 393-394), HODGETT (1974: 227), MISKIMIN (1980: 37), ABEL (1978: 38, 81-82), POUNDS (1992: 435-436) y ZULAICA (1994: 347-353).

³ Tal es el intervalo que se deduce de las informaciones dispersas de POSTAN (1950: 264-265), SLICHER VAN BATH (1959: 208), BOIS (1976: 230-231), MISKIMIN (1980: 38), ABEL (1978: 96-102, 111-114), HILTON (1978a: 63), VACA (1984: 102) y VALDEÓN (1989: 233).

porciones (10 por 100 del total cultivado), los campesinos parece que lograron consolidar las tenencias como hereditarias, tras diversas luchas antiseñoriales contra medidas similares a las aplicadas en Inglaterra. Dichas tenencias, junto con las nuevas tierras de propiedad más perfecta, constituirían a partir de entonces la base fiscal para los nuevos poderes centralizados, de manera que se produjo una suerte de recomposición y transferencia de la renta feudal a los Estados emergentes, una verdadera "revolución fiscal"⁴. En todas partes, en cualquier caso, los señores, ante la disminución de sus ingresos, trataron de captar el excedente campesino a costa de otros señores, lo que podría explicar que la guerra se hiciera prácticamente endémica en muchas zonas de Europa (Hilton 1951: 157; Brenner 1987: 313): la Guerra de los Cien Años, complicada por la guerra civil en Francia; la guerra de Inglaterra contra Escocia, y las dos guerras civiles inglesas; las luchas intestinas en y entre Castilla y Aragón; los conflictos en el sur de Alemania y en Italia, constituyen una muestra amplia aunque no exhaustiva de este nuevo período de inseguridad que recorrió Europa.

En un marco en el que el poder de negociación de los productores campesinos era mayor, al convertirse el trabajo en un factor relativamente escaso, y los precios de los productos básicos caían, los señores individuales o colectivos, ante el fracaso de sus tentativas para recrudescer el control sobre la fuerza laboral –por la resistencia campesina o por su propia falta de organización (Rösener 1990: 281; Brenner 1982: 284-285)–, intentaron frenar la caída de los ingresos también por una vía más creativa. En concreto, mediante el desplazamiento de los coeficientes técnicos hacia producciones que ahorraran el factor escaso (el trabajo) y utilizaran mayores cantidades del abundante (la tierra): este fue el caso de la ganadería lanar extensiva, que se difundió por Inglaterra, Castilla, Aragón, Francia y el sur de Italia; de la ganadería vacuna y los derivados lácteos, que cobró auge en Inglaterra, Francia y Escandinavia; o de la producción de madera en el norte de Alemania y los países nórdicos. Los señores también se especializaron en la producción de cultivos de demanda más elástica, como sucedió en Inglaterra con la cebada, que, además de ser un forraje para el ganado, intervenía en la fabricación de cerveza, lo mismo que el lúpulo, que se difundió en Alemania; así también se expandió el vino en Francia, España, el sur de Alemania e Italia; el lino y el cáñamo en Alemania y el norte de Italia; los productos hortofrutícolas, el arroz, el azúcar y la seda en España e Italia; y las plantas tintóreas en todas partes. Y por último, los señores respondieron también al desafío de la nueva situación acogiendo iniciativas de deslocalización industrial que favorecieron la im-

⁴ BRENNER (1982: 306-307), BOIS (1985: 136-138), MACKAY (1984: 36-38, 41), VACA (1984: 96-97), VALDEÓN (1984: 1058-1060; 1989: 234-235) y GENET (1995: 271). El concepto de revolución fiscal se debe a ORMROD (1995: 156-160) y sirve para designar la alianza entre el rey y la nobleza, por el cual este grupo cedió su capacidad recaudatoria al Estado emergente en las principales monarquías de Occidente (Inglaterra, Francia y Castilla) como consecuencia de la depresión agraria: que ello supusiera un incremento neto de la presión fiscal está aún por dilucidar, pero los datos disponibles indican que la gente pudo pagar más impuestos en términos per cápita porque sencillamente eran muchos menos, sin que ello afectara negativamente a su renta disponible debido al incremento previo de sus ingresos reales.

plantación de industrias rurales libres de las pesadas restricciones gremiales urbanas, tal y como sucedió en Inglaterra, los Países Bajos y Alemania ⁵.

Ingresos reales. Sobre el supuesto de que la población campesina descendió como mínimo un 25 por 100, la información disponible para varias zonas de Europa indica un incremento del tamaño medio de las tenencias, de manera que tuvo que producirse un crecimiento de la productividad del factor trabajo al mejorar la ratio tierra por trabajador ⁶. La productividad del trabajo en la agricultura se puede expresar mediante la tautología:

$$Q/L = Q/T \times T/L$$

donde Q es la producción, L el trabajo y T la tierra; de manera que la productividad del trabajo Q/L equivale al producto de los rendimientos de la tierra Q/T por la tierra disponible por trabajador T/L (Overton y Campbell 1991: 23-24; Clark 1991b: 214). Pero si es indudable que la razón Q/L aumentó de manera general, resulta difícil sostener, a la vista de la información disponible, que los rendimientos siguieran una evolución similar en todas partes: en unas zonas, aumentaron como consecuencia de la concentración del cultivo en las tierras de mejor calidad y de la mayor disponibilidad de fertilizante por superficie al dedicarse a pasto los espacios marginales (Pounds 1994: 183-184, 445-447); en otras, las más adelantadas, los rendimientos cayeron. Para algunos autores, este descenso de los rendimientos se debió a la menor cantidad de trabajo aplicada a la tierra gracias a la utilización de más tierra disponible por trabajador, lo que perfectamente podría haber llevado a mejorar la productividad por hombre-hora y, consiguientemente, los ingresos reales ⁷. Pero también, a la vista de la información sobre el descenso de las temperaturas medias y el aumento de los índices de pluviosidad (Lamb 1982: 76-77, 187), se puede formular una interpretación diferente: esta consistiría en que el crecimiento del tamaño de las tenencias compensó con creces el descenso de rendimientos, provocado por el empeoramiento continuado del clima, en zonas donde las condiciones ambientales eran extremas. En

⁵ Sobre estos aspectos vid. SLICHER VAN BAT (1959: 208-211), MISKIMIN (1980: 40-78), ABEL (1978: 105-110), VACA (1984: 98-101), VALDEÓN (1989: 233), CAMPBELL Y OVERTON (1993: 54, 77-79) Y CORTONESI (1995: 126-127). Según EPSTEIN (1994: 459-461, 463-464), la proliferación de ferias locales y regionales en toda Europa, a partir de 1350, fue el resultado del proceso de expansión de la producción especializada para el mercado de cultivos y productos manufacturados de demanda más elástica en un contexto de crecimiento de los ingresos reales de los campesinos.

⁶ Las pruebas de lo mismo se encuentran en POUNDS (1994: 446-447), HILTON (1978A: 63-64) ROSENER (1990: 283), DYER (1991: 182-183) y HORROX (1994: 232). Sobre el aumento del tamaño de las tenencias vid. los datos que, a pesar de su posición pesimista, presentan LIS Y SOLY (1982: 59-60).

⁷ Este es el argumento de OVERTON Y CAMPBELL (1991: 32-33), CAMPBELL (1983: 38-39; 1991: 181-182), THORTON (1991: 208-209), CLARK (1992: 67) y CAMPBELL Y OVERTON (1993: 74). Una posibilidad que también empieza a contemplarse cada vez más verosimilmente es que los campesinos asignaran tierra y trabajo a cultivos de demanda más elástica y de más valor añadido que los cereales, como el ganado, lo que también elevaría la productividad de su trabajo (CAMPBELL Y OVERTON 1993: 86; TITOW 1994: 106). Ejemplos de esa especialización para toda Europa en EPSTEIN (1994: 463-464).

efecto, si se considera que X es la superficie necesaria para producir alimentos suficientes (Q) para una familia, un descenso porcentual P de los rendimientos provocado por el deterioro continuado del clima precisará de un aumento de X, que se puede calcular teniendo en cuenta que $Q = (\text{superficie} \times \text{rendimientos})$, a partir de la siguiente fórmula:

$$X = 100 \times 100 / (100-P)$$

Así, por ejemplo, un descenso de los rendimientos del 20 por 100, precisaría un incremento de la superficie en un 25 por 100, un descenso del 50 por 100 de los rendimientos implicaría un aumento del 200 por 100 en la superficie... (Lunden 1974: 123-124).

Por otra parte, los campesinos que trabajaban a jornal (en Inglaterra, pero no sólo, ya que casi todos pasaban por esta experiencia a lo largo de su ciclo vital) aumentaron su grado de movilidad y su poder de negociación frente a los señores, y consiguieron ingresos más elevados en concepto de salarios, ya fueran en dinero o en bienes de consumo final añadidos a la paga ⁸. En consecuencia, en Europa occidental es más que probable que los campesinos mejoraran sus niveles de vida ⁹. No sólo comieron más, sino que sus dietas mejoraron: al descender, como siempre que aumenta el ingreso per cápita, el peso relativo de los cereales en el aporte calórico total a la vez que aumentaba la contribución de la cerveza, el vino, los productos lácteos y la carne, las dietas se hicieron más ricas en vitaminas y proteínas. Es probable también que los campesinos pudieran disponer de más ingresos para vestirse y que la calidad de sus viviendas y el espacio vital disponible en las mismas aumentaran ¹⁰.

⁸ Como muestran para diversos países POSTAN (1950: 249-250), SLICHER VAN BATH (1959: 151-152), DUBY (1962: 394), VALDEÓN (1971: 172-173; 1989: 232), PENN Y DYER (1990: 369, 372-374), HARVEY (1991: 22-23), BRITNELL (1993: 164-166), HORROX (1994: 240, 243), HATCHER (1994: 10-11, 14, 20-25) y PINTO (1995: 51).

⁹ Esta afirmación es discutida entre otros por LIS Y SOLY (1982: 51-52, 59-60) para quienes la diferenciación interna de los campesinos aumentó en este período, como consecuencia de la expansión del mercado, pero como ha señalado de VRIES (1983: 248, 252-253) de ello no se deduce necesariamente un deterioro en los niveles de vida. Otra opinión pesimista más reciente es la de MUNRO (1991: 140-143), a partir de los cambios en la oferta y la demanda de productos textiles, pero tampoco resulta demasiado convincente, pues la expansión de la pañería de baja calidad no tiene porqué significar un deterioro del nivel de vida, sino un aumento de la especialización en la producción de productos agrícolas para el mercado, como se puede ver en el sencillo modelo de HYMER Y RESNICK (1969: 500-502), retomado y desarrollado por VRIES (1972: 47-48).

¹⁰ Esta mejora concreta en el nivel de vida se defiende con diversas pruebas en Hodgett (1974: 213), ABEL (1978: 107), RÖSENER (1990: 124, 284, 287), PENN Y DYER (1990: 372), DYER (1991: 202-204, 213-214, 225-226), MONTANARI (1993: 77-79), CAMPBELL Y OVERTON (1993: 57-58), BRITNELL (1993: 168-171, 220-221) y CORTONESI (1995: 127). Recientemente, HATCHER (1994: 25-31) ha mostrado de manera contundente con fuentes de carácter judicial que, incluso en el cuarto de siglo posterior a 1348, la mejora del nivel de vida de los campesinos ingleses fue bastante notoria, en consonancia con lo que las fuentes literarias de la época ponían de manifiesto en contradicción con los resultados de las series de salarios reales manejadas hasta hace poco.

2. TEORÍAS

Una vez establecidos los hechos estilizados, se examinan a continuación las tres teorías más influyentes sobre la depresión agraria de la Baja Edad Media. La teoría neomalthusiana-ricardiana o de la población, la teoría marxista o de la sub-inversión y la teoría de los accidentes históricos. Existe, por supuesto, una teoría monetarista de la depresión (Day 1987), pero toda la literatura tanto clásica (Abel 1978: 136) como reciente (Goldstone 1991: 79-81) considera que la deflación monetaria fue un factor muy secundario de los movimientos de larga duración en las economías preindustriales: sencillamente, no se puede responsabilizar a la escasez de dinero de la drástica caída que de manera simultánea se dio en la población y los precios de Europa y China, cuando el flujo contemporáneo de metales preciosos desde el Viejo continente al Lejano Oriente fue un hecho incontestable durante ese período.

Teoría neomalthusiana-ricardiana o de la población. Desde fines del siglo X, la abundancia de tierra llevó a un crecimiento de la población al adelantarse la edad en el matrimonio. Con el tiempo, en la segunda mitad del siglo XIII, el crecimiento de la población llegó al límite de las tierras marginales, disminuyeron las cantidades de fertilizante, las tenencias se subdividieron y se entró en el escenario que Malthus y, más claramente, Ricardo dibujaron en sus respectivos modelos: rendimientos decrecientes a escala para la tierra (en el margen extensivo del cultivo) y rendimientos decrecientes para el trabajo (en el margen intensivo del cultivo), como consecuencia de lo cual los alimentos per cápita (tomados como indicador de los ingresos reales) se acercaron peligrosamente al mínimo de subsistencia ¹¹.

¿Cómo se pudo llegar a esta situación? La teoría de la población supone que, como el ganado consume más tierra que los cereales para producir la misma cantidad de calorías (como mínimo seis veces más) y proteínas (en torno al triple), la roturación de tierras dedicadas al pasto de los animales es una consecuencia más que probable del crecimiento de la población (Harris 1977: 177; Grigg 1984: 104): dado que las tierras dedicadas al pasto de los animales fijan el nitrógeno y que los fertilizantes animales sirven para reponerlo, la conversión de tierras de pasto al cultivo produce en el corto plazo resultados óptimos, pero a medio plazo la pérdida de nitrógeno lleva a rendimientos mucho más bajos (Shiel 1991: 58-74; Clark 1992: 62-67, 77; Grigg 1982: 73-78). En tales circunstancias, como los frenos preventivos (retraso en la edad del matrimonio y aumento del número de célibes) no fueron lo suficientemente intensos para detener el crecimiento demográfico, se pusieron en marcha los frenos positivos en cuanto se modificaron las condiciones ecológicas: la caída del producto medio por debajo del nivel mínimo de subsistencia provocó un aumento de la mortalidad por hambre, y, en este contexto, las enfermedades actuaron más letalmente sobre una población subalimentada y expuesta a un mayor riesgo por la pérdida de

¹¹ RICARDO (1821: 51-57). Para los conceptos de margen extensivo e intensivo vid. MONTANI (1987) y sobre las ideas anticipatorias de Malthus respecto a los rendimientos decrecientes, VIVO (1987: 191) y RIMA (1995: 132-134).

las cosechas. De hecho, el Gran Hambre de 1315-1317 marcó el punto demográfico de no retorno una generación antes de la llegada de la Peste Negra ¹².

Valoración crítica. La teoría de la población incorpora a su núcleo duro dos supuestos adicionales: el primero es que el desplazamiento de la demanda hacia la derecha al crecer la población provocó una mayor sensibilidad de los precios a las oscilaciones de la oferta; el segundo se refiere a que el agotamiento de los suelos hizo más vulnerable la agricultura a las variaciones climáticas, que, dados los bajos rendimientos de la agricultura medieval, llevaron a bruscas contracciones de la oferta. Se ha señalado, sin embargo, la absoluta excepcionalidad del episodio de 1315-1317 y se ha argumentado también que el hambre en sus manifestaciones locales pudo ser el resultado de los acaparamientos especulativos o de las malas condiciones de transporte (Grigg 1980: 79-80). De hecho, en Inglaterra, el Gran Hambre de 1315-1317 se cebó de manera más intensa sobre las áreas menos densamente pobladas y, en toda Europa, las zonas de alta densidad, que coincidían con aquellas en las que la agricultura estaba más avanzada, precisamente fueron las menos castigadas por la escasez ¹³.

Otro supuesto de la teoría de la población, igualmente compartido por la teoría marxista, es que el hambre debilitó la resistencia contra la peste, hipótesis que ya fue formulada por Malthus ¹⁴, pero que es difícil de probar en el caso de una de las manifestaciones más características de la enfermedad, la variante bubónica, a la luz

¹² Esta es la argumentación, con más o menos matices, que sostienen POSTAN (1950: 277), POSTAN Y TITOW (1959: 217-224), SLICHER VAN BATH (1959: 128-129, 195-202), DUBY (1962: 397), HATCHER (1977: 33, 70), POSTAN Y HATCHER (1978: 92), ABEL (1978: 50-54, 60-68), ANDERSON (1981: 16-18) y POUNDS (1992: 93-94, 307-308). La teoría de la población sigue gozando de predicamento entre los medievalistas; vid. por ejemplo los estados de la cuestión sobre Francia e Italia de BRAUNSTEIN (1984: 158, 165) y MUELLER (1984: 191-192), la paradójica coincidencia de DAY (1987: 189), el principal valedor de la teoría monetaria de la depresión, con las tesis de Postan, la monografía de SARASA (1991: 36) o las recientes opiniones sobre Aragón de ZULAICA (1994: 334). La lectura del capítulo VII de MALTHUS (1798) sigue siendo de lo más instructiva para ver hasta qué punto sus opiniones continúan difundiéndose casi al pie de la letra. Para un sencillo y elegante desarrollo gráfico del modelo de equilibrio de Malthus vid. WEIR (1987).

¹³ Vid. respectivamente KERSHAW (1973: 49) y PERSSON (1988: 79, 81). La literatura teórica sobre el impacto demográfico del hambre muestra, además, que raramente afecta a poblaciones enteras (un ejemplo de ello es la falta de referencias al episodio de 1315-1317 en la Península Ibérica) y, sobre todo, que sus efectos a largo plazo son prácticamente inapreciables en términos demográficos: en menos de una generación, una población puede recuperarse de la reducción de sus efectivos a causa del hambre del 25 por 100, un porcentaje plausiblemente más elevado que el de una de las grandes hambrunas históricas (WATKINS Y MENKEN 1985: 651, 666-667). A esta misma conclusión, por ejemplo, llega GOTTRIED (1983: 77-78) respecto a las hambrunas de las décadas de 1310 y 1320.

¹⁴ MALTHUS (1798: 113). Desde entonces se ha repetido mecánicamente: vid. SLICHER VAN BATH (1959: 121, 129), DUBY (1962: 399), VALDEÓN (1969: 14), NORTH Y THOMAS (1971: 118), MISKIMIN (1980: 35), FOURQUIN (1979: 250) SARASA (1991: 41), POUNDS (1992: 297, 308; 1994: 135) y MONTANARI (1993: 75). Una versión colateral de esta teoría es que el hambre, al favorecer la movilidad geográfica de la población, rompió la cuarentena natural contra la peste (MISKIMIN 1980: 35).

de las modernas investigaciones epidemiológicas (Lunn 1989: 116). Como ha señalado Grigg (1980: 47), la peste fue un factor claramente exógeno, no fue resultado de la presión de la población y, de hecho, sabemos que la peste afectó por igual a los ricos (que se supone no pasaban hambre) y a los pobres, a las áreas más densamente pobladas y a las de poblamiento disperso ¹⁵.

La teoría neomalthusiana-ricardiana no se plantea, tampoco, la posibilidad – contemplada por Malthus tras las críticas de Godwin a la primera edición de su obra (Pullen 1987: 282; Santiago 1995: 248)– de que la población practicase controles preventivos para la reducción de la natalidad, a través del retraso en la edad del matrimonio o el aumento del número de célibes, cosa que cabe esperar sucediera, dadas las crecientes dificultades económicas del período ¹⁶. Como es sabido, en la primera edición de su famoso *Ensayo*, Malthus (1798: 54, 63, 80-81, 83, 86-87) consideraba que estos extremos llevarían a un aumento del "vicio", dado que la "pasión entre los sexos" era para él una ley de la naturaleza, pero precisamente en esa categoría viciosa es probable que Malthus no hubiera dudado en incluir las prácticas de control de la natalidad como el *coitus interruptus*, cuya proliferación se ha detectado a fines del siglo XIII y principios del XIV en diversos sitios de Europa (Biller 1980: 20).

Al margen de las cuestiones puramente demográficas, la teoría de la población presenta flancos muy débiles en sus argumentaciones económicas. En primer lugar, la teoría propone que los precios cambian automáticamente con los costes, lo que supone la existencia de mercados competitivos para la tierra, el trabajo y el capital: pero, contrariamente a las condiciones de cuando escribió Ricardo, el contexto institucional del feudalismo estaba caracterizado por monopolios naturales y de propiedad, distribución asimétrica de la información, enormes rigideces a la movilidad de los factores, controles sobre precios de los bienes y de los factores y situaciones clamorosas de monopsonio ¹⁷. Implícitamente, la teoría de la población asume que todas las tierras de buena calidad estaban cultivadas, ya que son las que primero se ocupan en la lógica ricardiana, y que la tierra se utilizaba al máximo dadas las técnicas disponibles ¹⁸; sin embargo, es incuestionable que había tierras "*institucionalmente*

¹⁵ Así lo ponen de manifiesto sin fisuras autores de variada procedencia ideológica, geográfica y académica, como SOBREQUÉS (1970-71: 80), FONTANA (1974: 5, 10), GRIGG (1980: 78), BOSERUP (1987A: 699), VACA (1990: 163), McKEOWN (1990: 80) y ELL (1993: 513). Son sintomáticas en este sentido, las elevadas tasas de mortalidad de grupos relativamente acomodados y de la nobleza en Inglaterra (GOTTFRIED 1983: 136, 197, 260-262; HORROX 1994: 235) y ARAGÓN (PUEYO 1993: 714-715).

¹⁶ Esta hipótesis ha sido sugerida más o menos explícitamente por LÓPEZ (1971: 228, 246), FONTANA (1974: 8), GRIGG (1980: 80), HARVEY (1991: 24), SMITH (1991: 64-65) y PINTO (1995: 52-53).

¹⁷ Una caracterización del feudalismo en este sentido se puede ver en NELL (1967: 59, 67-68), BRENNER (1987: 309), BOSERUP (1987A: 698) y BHADURI (1991: 57-58). No estará de más recordar que todavía MALTHUS (1798: 66) hablaba de "la falta de libertad en el mercado laboral ...como consecuencia de esa facilidad para ponerse de acuerdo que tienen los ricos y les falta a los pobres".

¹⁸ "Con cada nueva etapa en el progreso de la población, que obliga a un país a recurrir a tierras de peor calidad para permitirle abastecerla con alimentos, la renta aumentará en las tierras más fértiles" (las que se ocupan "en la primera colonización de un país") (RICARDO 1817: 52-53).

restringidas" (Hilton 1985: 154), esto es, tierras de buena calidad sin cultivar o apenas cultivadas que servían como reservas de caza o pesca para los señores, y que siglos más tarde habrían de dar los mayores rendimientos de la agricultura europea ¹⁹. Es sintomático que las regiones donde los derechos señoriales eran más ligeros tuvieran las densidades de población más elevadas, lo que indica que unas mayores posibilidades por parte de los campesinos para realizar inversiones podían elevar la capacidad de sustentación de la agricultura (Brenner 1982: 314-315; Bailey 1989: 8).

Esta hipótesis pone en duda la variante neoclásica de la teoría de la población, la cual supone que la distribución de la renta entre señores y campesinos está determinada por los precios relativos de los factores de producción. Estos, a su vez, expresan, aunque no sólo, la escasez o abundancia de la tierra y el trabajo, lo que determinaría la capacidad de negociación de los propietarios de estos factores ²⁰. Sin embargo, en el norte de Francia, una de las zonas de mayor densidad de población campesina de Europa y donde la tierra era escasa, los campesinos a fines del siglo XIII lograron condiciones contractuales muy favorables (en contraste con la Inglaterra de la reacción señorial por las mismas fechas), que les llevaron a incrementar su participación en el producto, mientras que en la Europa oriental el descenso de la población en el siglo XIV, en un contexto donde la tierra era abundante, se vio acompañado por un incremento del poder de los señores sobre un campesinado que hasta entonces había sido libre y que sería sometido después a una nueva servidumbre ²¹.

Otro supuesto básico de la teoría de la población, tomado directamente de Malthus y Ricardo, es que la función de producción de la agricultura medieval es fija (no hay posibilidad de progreso tecnológico) ²² y que dicha función se basa en la combinación de dos factores, a saber, trabajo (que se considera a la manera clásica el factor variable y se iguala a la población) y tierra (que se considera el factor fijo) para producir un solo producto, el cereal; por tanto, cuando la población crece aparecerán forzosamente rendimientos decrecientes para el trabajo. Si se relaja el supuesto inicial, cabría preguntarse si el progreso de las técnicas tendió a disminuir en el mismo instante en que la tierra aún disponible para la expansión empezaba a

¹⁹ Esta realidad es señalada, entre otros, por LÓPEZ (1971: 230), POUNDS, (1994: 148), GRIGG (1980: 32-33), BRENNER (1982: 265), BAILEY (1989: 3-5, 8-9) y HARVEY (1991: 10). En este contexto, resulta pertinente el concepto de renta absoluta propuesta por MARX (1890 VIII: 39 y ss. 161-195, 109, 209 y ss.), punto en el que se distancia de –su tantas otras veces inspirador– Ricardo (ARAQUEM DA SILVA 1987).

²⁰ La variante neoclásica de la teoría de la población ha sido formulada por NORTH Y THOMAS (1971: 83-85, 98-105, 122, 124-125, 129-130, 142) y en muchos puntos es compartida por marxistas como HILTON (1985: 158) y eclécticos como PERSSON (1988: 66-67).

²¹ FONTANA (1974: 17) y BRENNER (1976: 36-37; 1982: 261-262, 323; 1987: 315). Alternativamente, PERSSON (1988: 83), siguiendo el conocido modelo de Domar, ha explicado que el proceso de deseñorialización está directamente relacionado con el descenso de la ratio T/L, lo que explicaría esta desigual evolución de la Europa occidental y oriental después de mediados del siglo XV.

²² PERSSON (1988: 7-13) y GOODFRIEND Y McDERMOTT (1995: 122-125, 130-131) han examinado las posibilidades endógenas del cambio tecnológico en las sociedades preindustriales, lo que desafía directamente esta afirmación.

escasear (López 1971: 230-231). Más bien parece que no. Si en la interpretación de Postan, el máximo exponente de la teoría de la población, la caída de los precios y el aumento de los salarios en Inglaterra reflejaba el descenso de la población anterior a la peste, tempranos críticos como Watts (1967: 544-547) señalaron que, tras unos años de penuria, los salarios reales continuaron creciendo a partir de 1325 merced a la caída de los precios de los granos provocada por un incremento de la producción, que debió ser el resultado de la roturación de nuevas tierras (como pone de manifiesto la reactivación del mercado de este factor), del incremento de las cantidades comercializadas o de un sistema de trabajo más intensivo de la tierra que aumentara los rendimientos ²³.

Es precisamente este último punto donde han puesto mayor énfasis muchos críticos de la teoría de la población. En tal sentido, la economista del desarrollo Esther Boserup (1967: 61-67, 70-71, 75-78; 1984: 16, 48-51; 1987a: 692) considera que existe una alternativa al descenso del consumo de alimentos cuando crece la población: y este no es otro que el aumento del número de horas trabajadas. Para Boserup, el crecimiento de la población puede llevar a un cambio en las técnicas de producción usando mayores cantidades del factor abundante (el trabajo) y ahorrando el factor escaso (la tierra); este sistema de trabajo más intensivo de la tierra conduce a un descenso de la productividad por hombre-hora, que se compensa con un incremento de la producción por hombre-año y por hectárea, gracias al incremento del número de horas trabajadas ²⁴. En este escenario teórico, el surgimiento de las ciudades no depende de la productividad por hombre-hora sino de la existencia de un excedente global de producción, que está en función de la densidad de la población (a partir de un determinado umbral crítico), y de los costes de transporte: el crecimiento de las ciudades permite luego desarrollar la división del trabajo y la especialización con una tecnología de rendimientos crecientes, que posibilitan el aumento simultáneo de la población y del producto per cápita ²⁵. De hecho, durante la primera mitad del siglo XIV, en las zonas de mayor densidad de población y de desarrollo del

²³ Por su parte SILVER (1983) plantea un modelo de equilibrio general en el que el incremento de los salarios antes de la peste en Inglaterra fue el resultado de los impuestos sobre las exportaciones de lana (un producto intensivo en tierra), lo que favoreció la reorientación de la agricultura hacia la producción de cereales (un producto, frente a la lana, intensivo en trabajo). Desde el lado monetario de la economía, la caída de los precios también pudo deberse a la escasez de numerario (HARVEY 1991: 21).

²⁴ Si los campesinos trabajaban como jornaleros para el señor feudal, este modelo de intensificación por presión demográfica –donde el incentivo para trabajar más duramente reside en que una mayor población con un método dado de cultivo llevará, después de cierto tiempo, a un menor consumo per cápita, elevándose así la utilidad marginal del producto– deja paso a la idea del aumento de la tasa de explotación por parte de quienes ejercen la coerción (NELL 1974: 164, 171-173). Para una especificación del modelo de Boserup, vid. VRIES (1972: 45-46, 50; 1974: 17-18) y un buen resumen en ANDERSON (1991: 37).

²⁵ BOSERUP (1984: 103-121, 147-159) y desarrollando su argumento GOODFRIEND Y McDERMOTT (1995: 118), que aluden al contraste entre la "tecnología de rendimientos decrecientes" y la "tecnología de mercado que exhibe rendimientos crecientes debido a la especialización". Gran parte del argumento de Boserup se puede encontrar en el maravilloso capítulo sobre las ciudades portuarias de ADAM SMITH (1776 I: 37, 57-61).

mercado urbano, como los Países Bajos, el norte de Francia y de Italia, las tierras bajas del Rin y en el este de Inglaterra aumentó la intensidad de labores como la escarda y se introdujeron técnicas de rotación más intensivas, con plantas nitrogenantes como las legumbres, que elevaron los rendimientos por unidad de simiente y de superficie y la productividad por hombre-año, aunque la productividad por hombre-hora debió a todas luces descender²⁶. Siguiendo la formulación de Lunden (1974: 132) se podría considerar que estas innovaciones aumentaron porcentualmente los rendimientos P, lo cual hizo técnicamente posible reducir el área cultivada para el mantenimiento de una familia X, según la fórmula de arriba:

$$X = 100 \times 100 / (100 + P)$$

Así, por ejemplo, un aumento de los rendimientos del 10 por 100, permitiría una reducción del área cultivada del 9'1 por 100, otro del 50 por 100 un ahorro de tierra del 33'3 por 100...

Como los sistemas más intensivos no significan sólo añadir mayores cantidades de trabajo, sino algunas mejoras en el equipo capital (Boserup 1987a: 692-693), el crecimiento de la producción también pudo producirse gracias a la utilización de sistemas de regadío (en zonas como el norte de Italia o del reino de Navarra) o las aportaciones de mayores cantidades de fertilizantes margosos y vegetales con función nitrogenante, mayores cantidades de semillas y quizá hasta de un uso más abundante del caballo como fuente de energía motriz²⁷. Estas estrategias no carecen de lógica pues si la tierra se convertía en un factor más caro debido a su escasez tuvo que existir un mayor incentivo para mantener su calidad (Gunderson 1977: 97).

Finalmente, hay una última posibilidad de evitar la caída de los ingresos per cápita que no contempla la teoría inspirada en Malthus y Ricardo: la emigración (Boserup 1987b: 385). Donde todavía era posible una expansión de la frontera, como ocurría en la Corona de Castilla, el objetivo de los emigrantes –en este caso, definitivos– eran las nuevas tierras de Extremadura, la Andalucía bética o Murcia, lo que explicaría en buena medida el retroceso demográfico de la meseta norte durante la primera mitad del XIV²⁸. En los demás territorios de Europa occidental, en la medida en que una gran parte del campesinado estaba subempleado en la agricultura, la alternativa era trabajar en otros sectores: esto podría explicar el desarrollo de una

²⁶ Para el desarrollo de todo este argumento vid. VAN DER WEE (1978: 3), VERHULST (1990: 119-12), GRIGG (1980: 73), CAMPBELL (1983: 33, 37-41; 1991: 144-145, 155, 160, 171, 180-182), PERSSON (1988: 78-81), MATE (1991: 82) THORTON (1991: 192-193, 205), CLARK (1991A: 456; 1991B), CORTONESI (1995: 102-103) y con referencias teóricas muy explícitas BAILEY (1989: 6-7) y CAMPBELL Y OVERTON (1993: 61, 70, 74, 89, 96-97).

²⁷ Sobre estos aspectos vid. lo señalado por CORTONESI (1995: 110-111, 114), FORTUN (1995: 142-148), PERSSON (1988: 79), CAMPBELL (1983: 33-37) y CAMPBELL Y OVERTON (1993: 79-80).

²⁸ VALDEÓN (1984: 1049-1050; 1989: 218-220) y RUIZ (1994: 294-297). Esta opinión es discutida por GONZÁLEZ JIMÉNEZ (1995) para quien los nuevos pobladores procedían de la misma Andalucía, lo cual no altera para nada el argumento de que en la Península Ibérica todavía quedaba tierra suficiente como para que el esquema malthusiano resultara inviable (RUIZ 1994: 7; LADERO 1995: 280). Para el caso de Aragón esta realidad de la abundancia de tierra en una economía hasta hace poco fronteriza también es constatada por SESMA (1995: 222).

floreciente industria rural y el aumento de las migraciones estacionales y temporales de los campesinos a las ciudades para complementar sus ingresos, procesos que se han detectado en Inglaterra, los Países Bajos y el norte de Italia ²⁹.

En resumen, la teoría de la población, inspirada en las ideas de Malthus y Ricardo, explica muy deficientemente el movimiento de la población y de los precios y los cambios en la distribución de la renta. Sus supuestos son sumamente restrictivos o ingenuos y no toman en consideración las relativamente amplias posibilidades de adaptación de los campesinos ante el crecimiento demográfico.

Teoría marxista o de la sub-inversión. Esta teoría considera que la depresión agraria bajomedieval fue provocada por "la incapacidad de la economía feudal de generar inversiones para la mejora técnica" (Hilton 1951: 162). Según Robert Brenner (1987: 310-312), las estrategias económicas en la búsqueda racional del interés propio, por parte tanto de los señores como de los campesinos, "no sólo eran incompatibles, sino positivamente antitéticas, con la especialización, la inversión productiva y la innovación en la agricultura". Ello se debió a que ambos grupos sociales podían conseguir su reproducción, *ex ante*, al margen del mercado: así, los campesinos producían para su subsistencia y trataban de mantener su modo de vida diversificando riesgos y evitando en lo posible la producción especializada, el contacto con el mercado, a la vez que maximizaban el número de hijos para asegurar la continuación de la unidad familiar y su propia supervivencia en la vejez. Los señores, entre tanto, se apropiaban por la fuerza de parte del excedente de los campesinos (la renta se confunde con la plusvalía) y consideraban que las únicas vías efectivas de aumentar sus ingresos eran la colonización de nuevas tierras y la acumulación de medios de coerción. De esta manera se llegó a fines del siglo XIII, a una situación en la que entre un 40 y un 70 por 100 de los campesinos de Europa occidental carecían de suficientes tierras para mantener a su familia ³⁰. Dadas las exiguas dimensiones de la mayoría de las tenencias y la elevada y creciente proporción de la producción detraída por los

²⁹ Vid. los trabajos de AERTS Y VAN CAUWENBERGHE (1984: 87-88), GUNDERSON (1977: 106-107, 114), GRIGG (1980: 39, 68-69, 76-77), PERSSON (1988: 86; 1993b: 105-106), PENN Y DYER (1990: 360-363), SMITH (1991: 73-76) y PINTO (1995: 40, 44-45, 53). Algunos autores consideran incluso que estaba en marcha un auténtico proceso de crecimiento económico y cambio estructural, que sólo sería interrumpido por la peste (LÓPEZ 1971: 223 y ss.; GUNDERSON 1977: 116; PERSSON 1988: 72-77, 87-88, 118; 1991: 139-140; 1993a: 17).

³⁰ HILTON (1978a: 59), LIS Y SOLY (1982: 33), BRENNER (1987: 311) y RÖSENER (1990: 233). La versión más extrema de la teoría marxista, recuperando el proverbial desprecio de MARX (1857-58: 561-564) por las ideas de Malthus, establece que la responsabilidad de esa penosa situación fue debida, no al crecimiento autónomo de la población –idea que paradójicamente el propio MARX (1850: 114-116) defendió en otros casos y que algunos autores marxistas como BOIS (1976: 353-354) implícitamente asumen–, sino a un proceso inducido por los señores para contar con mano de obra a bajo precio con el fin de explotar más eficientemente sus reservas (LIS Y SOLY 1982: 21-24; BRENNER 1982: 274). El propio Malthus podría haberse hecho eco de esta hipótesis –que los mercantilistas habían formulado explícitamente con su teoría de la utilidad de la pobreza (EKELUND Y HERBERT 1991: 52-54)– cuando señalaba: "Es posible forzar que un aumento de la población sea aparentemente ventajoso para los gobernantes y los ricos de un Estado, ya que esto permite reducir el precio del trabajo" (MALTHUS 1798: 125).

señores (entre un 25 y un 50 por 100), la posibilidad de elevar los rendimientos o realizar inversiones era nula para los campesinos. Por su parte, los señores, en vez de destinar fondos a la mejora de las explotaciones, redistribuían entre sus partidarios los excedentes en actos de gran munificencia, con el resultado previsible de que acababan endeudándose para mantener sus niveles de consumo suntuario, pero no invertían ³¹.

Una versión complementaria de la anterior es que la falta de inversiones en la mejora de las técnicas de cultivo –tanto por parte de los señores como de los campesinos– fue provocada por el incremento de la presión fiscal desde principios del siglo XIV en relación con la guerra ³². Y una última variante de la teoría marxista, inspirada a su vez en la versión neoclásica de la teoría de la población, se refiere al hecho de que, donde los señores siguieron explotando directamente sus tierras con mano de obra asalariada, caso de Inglaterra, la abundancia de trabajo desincentivó la utilización de capital y de cualquier innovación que ahorrara el factor abundante (Brenner 1982: 279). En cualquier caso, ante este cúmulo de circunstancias la teoría marxista considera que el campesinado empobrecido se hizo "particularmente vulnerable a los desastres naturales y de origen humano" ³³, y también que los movimientos de la población y los precios y los cambios en la distribución de la renta del siglo XIV fueron la manifestación de una crisis del feudalismo que empezó mucho antes de que se prodigarán aquellos desastres (Bois 1976: 249; Hilton 1978b: 158; Brenner 1987: 313).

³¹ Vid. HILTON (1951: 161; 1965: 67), LIS Y SOLY (1982: 33, 45), BRENNER (1982: 280) y DYER (1991: 22). Esta caracterización del comportamiento económico de la nobleza tiene notables paralelismos con la teoría de Veblen. Según este autor, el "instinto de emulación" o "propensión emulativa" ("el más fuerte, persistente y alerta de los motivos económicos") se sublima cuando surge la civilización mediante los hábitos de "consumo ostentoso" de bienes de lujo por parte de la "clase ociosa", clase que alcanzaría su "máximo desarrollo" en la Europa feudal y que tiene una disposición contraria a los "hábitos industriosos y frugales", ya que para mantener su "reputación" debe ofrecer a amigos y competidores "regalos valiosos, fiestas y diversiones caras"; la contrapartida a todo ello es que la clase que trabaja debe consumir únicamente lo necesario para su subsistencia" (VEBLEN 1899: 13, 26-27, 47, 73, 76-78, 109). Sobre la afinidad de la teoría de Veblen con la de Marx vid. los planteamientos de EKELUND Y HERBERT (1991: 486-487). Por su parte, SOMBART (1912: 65-66, 84, 87, 90; 1913: 20-22), que estaba familiarizado con la obra de Veblen, teorizó también sobre la "existencia señorial", representativa de la "economía de gasto" de la mentalidad económica precapitalista, en la cual "los gastos resultan siempre mayores que los ingresos", en gran medida por causa de la emulación. Acerca de la proliferación del consumo suntuario entre la nobleza durante el período anterior a la depresión, vid. GENET (1995: 266).

³² Vid. BOIS (1976: 193-194, 262, 284-293, 299-308), HILTON (1978b: 157), BRENNER (1982: 318), DYER (1991: 179-180) y ORMROD (1991: 182). Esto ya fue admitido por POSTAN (1942: 69, 78), quien, más tarde, en su trabajo en colaboración con Hatcher se sumaba a las conclusiones de la historiografía marxista anterior a Brenner, aunque, para salvar el núcleo duro de su teoría, apelara paralelamente a "la insuficiente disponibilidad de nuevas posibilidades tecnológicas" (POSTAN Y HATCHER 1978: 88-89, 93, 98).

³³ La cita corresponde a HILTON (1978a: 63). En la misma línea, vid. HILTON (1951: 162) y BRENNER (1987: 312, 313), que habla de "un ajuste demográfico en una línea malthusiana". Según este autor, la reacción señorial provocada por el descenso demográfico previno después el "retorno normal al equilibrio malthusiano" (*ibid.*: 313).

Valoración crítica. La teoría marxista, al igual que la teoría de la población, cree en el supuesto de que el hambre (y en última instancia el empobrecimiento) fue responsable de una mayor incidencia de la peste (Brenner 1982: 316n), pero no tiene en cuenta que la peste afectó por igual a todos los grupos sociales: como reconoce paradójicamente un partidario de la ortodoxia neomalthusiana-ricardiana (Hatcher 1977: 72), la causa fundamental de la explosión de la mortalidad y la depresión secular de la población fue la peste, que parece más bien un factor exógeno, mientras que la evolución de los ingresos reales explica muy poco del aumento de la mortalidad. De hecho, toda la investigación reciente en demografía histórica sugiere que los movimientos de la población a largo plazo durante la época preindustrial estuvieron gobernados por factores exógenos que actuaron sobre la mortalidad, y que provocaron cambios *ex post* en la fertilidad, que sí es una variable dependiente del ingreso ³⁴.

Otro supuesto de la teoría marxista (y que también comparte la teoría de la población) es que la subdivisión de las tenencias provoca necesariamente una caída de la producción media. Los estudios sobre las modernas sociedades campesinas en los países del Tercer Mundo demuestran, sin embargo, que la productividad por hectárea es mayor en las explotaciones pequeñas que en las grandes, puesto que los campesinos en aquellas trabajan la tierra más intensivamente sin preocuparse de la productividad marginal de su trabajo sino del aumento del producto total para cubrir sus costes fijos y de reproducción ³⁵. Esto es congruente con el hecho de que la progresiva desaparición de la servidumbre a lo largo del siglo XIII y la primera mitad del XIV supuso en sí misma un incentivo para que los campesinos libres aprovecharan las oportunidades del mercado, intentando elevar la producción mediante un incremento de las horas trabajadas o mejorando su equipo capital para elevar los rendimientos: los datos que sobre éstos se disponen para las pequeñas tenencias de los Países Bajos (claramente superiores a los de las grandes) y sobre el uso del caballo en las de Inglaterra así parecen confirmarlo ³⁶.

³⁴ GOLDSTONE (1991: 54, 65, 68, 70-72, 82, 85) y LEE (1993: 28). Sobre estos extremos tiene particular interés la demoledora crítica de la literatura reciente sobre la fertilidad de la población inglesa tras la peste, en donde vuelve a ponerse de manifiesto que la mortalidad fue la fuerza que influyó decisivamente en la dinámica demográfica hasta el siglo XVI (BAILEY 1996: 3-14).

³⁵ Acerca de este comportamiento vid. GRIGG (1980: 22, 36), BOSERUP (1987b: 388-389) y ELLIS (1988: 196-201). Irónicamente, la teoría marxista asumió aquí la concepción ricardiana de la renta, olvidándose de la crítica pionera que realizara JOHN STUART MILL (1848: 240, 259, 422) a partir de Sismondi al analizar el "sistema de cultivo campesino" y de las propias ideas de MARX (1890 VIII: 253-254) al respecto. La razón de ello es que Marx estudió exhaustivamente el caso inglés, precisamente porque Ricardo partía de esa realidad, pero no debe olvidarse tampoco la influencia de la fisiocracia, con Quesnay a la cabeza, que tenía como referente también el mito del sistema inglés de explotaciones a gran escala (VAGGI 1987: 26-27).

³⁶ Vid. VAN DE WEE (1978: 4) y PERSSON (1988: 85). Las incongruencias teóricas de la visión del campesino a priori hostil al mercado, inspirada directamente en MARX (1857-58: 433-450; 1890 I: 110; VIII: 228-238, 254), se pueden ver en DOMINGUEZ (1995: 158-168). Para una nueva perspectiva adaptativa acerca de la relación de los campesinos y el mercado, vid. AYMARD (1983), FEDERICO (1987), McCLOSKEY (1991), CAMPOS y ROOT (1991) y las conclusiones de BRITNELL (1993: 230-231).

Finalmente, el supuesto de la escasa inversión campesina no tiene por qué estar relacionado necesariamente con el elevado peso de las detracciones señoriales (o de los impuestos reales) sobre los excedentes de las explotaciones familiares, ni con la asunción de una idiosincrática baja propensión al ahorro de la nobleza. Según Clark (1988: 267-268), la debilidad de las inversiones en la agricultura medieval se debió a los altos tipos de interés provocados por una escasez natural del capital, dado el largo plazo de amortización que presentaban muchas de las inversiones agrícolas: por ejemplo, la fertilización mineral del suelo mediante la aplicación de cal o de marga, no aumentaba sustancialmente los rendimientos hasta varios años después de haberla realizado. Hay que señalar, además, que no en todas partes faltó capital: en el norte de Italia, "el retorno a la tierra" del patriciado urbano a fines del siglo XIII y en la primera mitad del XIV fue acompañado de fuertes inversiones en acondicionamiento de terrenos, irrigación, bonificación e introducción de nuevos cultivos (Cortonesi 1995: 114-115).

En resumen, la teoría de la sub-inversión, inspirada en las ideas de Marx, aunque relaja los supuestos sobre el marco institucional demasiado restrictivos de la teoría de la población, presenta también debilidades importantes al asumir que las grandes explotaciones representan la única posibilidad de aumentar la productividad de la agricultura, al tratar de vincular en el largo plazo el crecimiento de la mortalidad y la evolución de los ingresos reales y al depender irónicamente de suposiciones culturalistas sobre el comportamiento de los grupos sociales dominantes y su vinculación con la tierra.

Teoría de los accidentes históricos. El principal exponente de esta tesis fue el profesor Robert S. López (1971: 249) para quien la crisis en el sector agrario a la altura del siglo XIV no era inevitable y podría haberse superado de no haber aparecido la "triada de calamidades" compuesta por la guerra, el empeoramiento del clima y la epidemia de peste. De estos tres factores, sin embargo, el clima y la guerra deben descartarse, quedando en un plano secundario, por dos motivos: ambos tuvieron efectos ambivalentes y limitados, y, además, la guerra no fue ni por asomo un factor exógeno. Veámoslo.

Clima. Desde finales del siglo XIII y principios del XIV hay numerosos signos de un empeoramiento del clima en Europa: la mayor frecuencia de catástrofes meteorológicas, la extensión de los glaciares alpinos, el abandono de cultivos y la recesión del bosque en las zonas de montaña, la inundación de las tierras bajas de Inglaterra, Escandinavia, Alemania y los Países Bajos como consecuencia de las tormentas marinas, el encharcamiento progresivo de los suelos en los valles de Europa central, y el abandono del cultivo de la vid en el sur de Inglaterra y en el norte de Alemania, y del trigo en Islandia y Groenlandia³⁷. Según Galloway (1986: 3-4) esta variación del clima actuó como elemento exógeno sobre las variables endógenas

³⁷ Todos estos fenómenos se pueden consultar en DUBY (1962: 305), HODGETT (1974: 217), POUNDS (1994: 137), LAMB (1982: 181-186) y BAILEY (1991: 187-188, 205). El deterioro de las condiciones climáticas fue coetáneo en otras zonas templadas como China y América del Norte (GALLOWAY 1986: 6).

interrelacionadas de los alimentos per cápita (que descendieron), las tasas vitales (con aumentos de la mortalidad y caídas en la fertilidad) y las de migración, que llevaron a un declive inevitable de los efectivos demográficos.

Este planteamiento, no obstante, presenta los problemas ya adelantados. Aunque en los inicios del siglo XIV hubo importantes hambrunas como consecuencia de factores climáticos en la Península Ibérica, Italia y Centroeuropa (Montanari 1993: 73; Valdeón 1989: 225; Müller 1984: 200; Abel 1978: 63), la primera crisis climatológica bien documentada acaeció entre 1315 y 1316. Durante estos años, los inviernos muy fríos fueron seguidos por primaveras y veranos frescos y lluviosos que impidieron la maduración de las cosechas de cereales y provocaron una gran mortandad por hambre, acompañada y agravada por enfermedades entéricas, y la proliferación de epizootias entre el ganado ovino y vacuno. Sin embargo, los países mediterráneos quedaron libres de ese azote, hasta que, a partir de 1330 y hasta mediados del XIV, la adversidad climática se cebó con Portugal, España, Francia e Italia. Pero otra vez la recurrencia de malos años seguidos de escasez, ahora en el Mediterráneo, contrastó con las excelentes cosechas conseguidas en otras partes como Inglaterra ³⁸.

En este sentido, solamente parece probable que el empeoramiento del clima (una caída de las temperaturas medias y, lo que era peor, un mayor índice de precipitaciones) afectara negativamente a las poblaciones de montaña al reducirse críticamente el período de crecimiento de los cereales (parece que el límite de altitud para el cultivo descendió en toda Europa entre 100 y 200 metros), y en las tierras pantanosas roturadas debido a las inundaciones ³⁹. Pero evidentemente es difícil pensar que el clima por sí sólo causara la depresión económica. Los efectos de las catástrofes climáticas en unas áreas podían significar condiciones favorables en otras: así durante el período de malas cosechas del Mediterráneo provocadas por la mayor frecuencia de la sequía o de otoños extremadamente lluviosos y fríos de las décadas de 1330 y 1340 (que en Castilla, Aragón, Cataluña e Italia fueron responsables de un aumento inusitado de los precios de los cereales), se produjo, en cambio, un descenso de los precios en Inglaterra y los Países Bajos, que probablemente se debió a un aumento de los rendimientos, como consecuencia –sin considerar otros factores– de unas más favorables condiciones para la maduración ⁴⁰. Por tanto, salvo en ambientes extremos, es difícil creer que el deterioro del clima provocara efectos graves a largo plazo: la

³⁸ Sobre el contraste entre una y otra zona de Europa vid. para el norte KERSHAW (1973: 6-16, 20-29), POUNDS (1994: 137), ABEL (1978: 63), LAMB (1982: 186-188), DYER (1991: 335, 337); Y PARA EL MEDITERRÁNEO, MISKIMIN (1980: 34), VALDEÓN (1969: 9-11, 14; 1971: 170; 1989: 226-227), LÓPEZ (1971: 228), FONT (1988: 62-63), MONTANARI (1993: 74) y ZULAICA (1994: 270). Incluso dentro de un reino como Castilla, las incidencias climáticas podían afectar de diversa manera a los territorios de la meseta y, un suponer, el reino de Andalucía o Murcia (MACKAY 1981: 360).

³⁹ Vid. al respecto, LAMB (1982: 189), DYER (1991: 328-329) y BAILEY (1991: 186-187). En el modelo de GALLOWAY (1986: 11-12), se reconoce esta realidad, pero, a cambio, se enfatiza que las migraciones desde esas zonas marginales favorecieron el contagio de la peste y de otras enfermedades epidémicas.

⁴⁰ Nuevamente vid. el contraste entre los datos de VALDEÓN (1969: 20), ZULAICA (1994: 270, 331), GUNZBERG (1989: 15-17) PINTO (1995: 48-49) y CORTONESI (1995: 103-14), frente a los de CAMPBELL (1991: 160) y VERHULST (1990: 104, 107).

mejor prueba de ello es que en el período de 1550 a 1850, durante la significativamente denominada Pequeña Era Glacial, la agricultura europea alcanzó unos elevados niveles relativos de crecimiento (Dyer 1991: 329).

Guerra. Desde principios del siglo XIV y hasta 1450, Europa se vio sumida en un auténtico caos bélico con episodios de violencia e inseguridad más o menos intensos, pero de excepcional duración (Contamine 1984: 158-159). A diferencia de otros períodos, la tecnología militar no actuó ni siquiera como incentivo para el cambio tecnológico general (Hilton 1985: 157), de manera que los efectos de las guerras se tornaron mucho más perniciosos que cuando se pudieron generar innovaciones para uso civil. Tales efectos fueron el incremento de la presión fiscal y, como consecuencia de la estrategia militar predominante –debilitar al enemigo en sus bases económicas–, la destrucción de capital fijo y circulante, su transferencia en forma de ganado y grano desde los campesinos a los grupos armados y las matanzas indiscriminadas entre la población rural. Los resultados previsibles de este aumento de la inseguridad generalizado fueron el abandono de los cultivos, la desorganización del comercio y la proliferación de situaciones de escasez con aumentos de precios ⁴¹. Además, los conflictos bélicos de la Baja Edad Media se convirtieron en una actividad económica bastante estable para un grupo creciente de mercenarios, "disponibles en el gran mercado de la guerra" (Contamine 1980: 199), que presionaban por el alargamiento de las campañas y que en los períodos de paz teórica seguían viviendo sobre el terreno, así que las treguas podían resultar tan desastrosas o más que los períodos de hostilidades ⁴². Y, por último, no hay que olvidar que la guerra ayudó a la difusión de la peste al favorecer la movilidad de los ejércitos (Boserup 1987a: 699).

El fatalismo propio de la época favorecía la consideración de la guerra como parte del plan divino en el que se incluía el hambre, la adversidad del clima y la peste (Allmand 1990: 23), pero es obvio que la proliferación de conflictos en Europa desde los primeros años del siglo XIV no fue un elemento exógeno, un mero accidente histórico. Por el contrario, el fenómeno bélico puede entenderse cabalmente, bien como una respuesta de los señores al descenso de sus ingresos por diversos motivos (y entre los no menos importantes los referidos a los desastres naturales), bien como un episodio en la tendencia a la concentración del poder (la génesis del Estado moderno) que respondió a cambios de índole política autónoma o a cambios en la tecnología militar ⁴³. Además, los efectos de la guerra, como los del clima, fueron

⁴¹ BOSERUP (1987a: 698), ALLMAND (1990: 144-156, 168-171) y con expresivos textos para la Corona de Castilla VALDEÓN (1989: 222-225, 229-231). Sobre la relación guerra y aumento de los impuestos vid. el resumen de GENET (1995: 250-265) y ORMROD (1995: 125-136).

⁴² Vid. al respecto DUBY (1962: 382-384), BOIS (1976: 254-260), POUNDS (1994: 135-136), MISKIMIN (1980: 59-60), CONTAMINE (1984: 199-200), BOSERUP (1987a: 698) y VALDEÓN (1989: 224, 227). En contraste, ALLMAND (1990: 108-112, 137-144, 156-161, 172-173), que da una visión más positiva de los mercenarios y los sistemas de aprovisionamiento y disciplina militares de la época, considera que "los efectos de la guerra fueron irregulares tanto en el tiempo como en amplitud".

⁴³ La idea de la guerra como respuesta al descenso de los ingresos es sostenida por HILTON (1951: 157), BOSERUP (1987a: 699-700) y ALLMAND (1990: 174-175). La hipótesis de los cambios políticos se debe a GENET (1995: 249, 256) y LADERO (1995: 281) y la referida a la tecnología militar al extraordinario y poco utilizado trabajo de BEAN (1973: 220-221).

ambivalentes: en términos geográficos y sociales, hubo ganadores y perdedores y, frente a la muerte, la miseria y la enfermedad, también se dieron intensos procesos de movilidad ascendente (Allmand 1990: 176-185). Por todo ello, la responsabilidad de la guerra como *causa causans* de la depresión agraria bajomedieval parece secundaria (Bridbury 1977: 410), máxime si se compara con la del tercer agente de la mortalidad: la peste.

Peste. El gran medievalista George Duby (1979: 130) escribió que "en los cincuenta o sesenta años que siguieron a la pandemia de 1348 y que fueron sacudidos por los rebotes de la peste se sitúa una de los mayores cortes de la historia de nuestra civilización". Y un especialista en la muerte negra, como Robert S. Gottfried (1983: 323), la ha calificado como "el acontecimiento biológico-ambiental más grande de la historia, y como uno de los principales puntos de cambio de la civilización occidental".

La peste es una enfermedad infecciosa que tiene su reservorio en los roedores –y que se extiende como una epizootia, por tanto–, cuyo agente patógeno es la bacteria *Pasteurella pestis* (también conocida como *Yersinia pestis*). La transmisión del bacilo hacia el hombre sólo es posible a través de la inoculación (peste bubónica y septicémica) o mediante el depósito en las mucosas (peste pneumónica). En el primer caso, el vector original o agente trasmisor es un parásito (la pulga *Xenopsylla cheopis*) alojado en la rata negra, aunque de vez en cuando puede aparecer en otros roedores, como ardillas de tierra, marmotas o liebres, y puede pasar de la rata a los animales domésticos y de granja, lo cual se ve facilitado por la preferencia de esta especie por vivir en el entorno humano. Existen, además, otras clases de parásitos de la rata negra que actúan como vectores aunque con menor grado de eficacia (por ejemplo, la pulga *Nosopsyllus fasciatus*). Cualquiera de estos vectores transmite el bacilo generalmente mediante la inoculación del mismo en el sistema linfático humano, lo cual es posible por una serie de condiciones: la primera es la aludida afición de la rata negra, a diferencia de la rata marrón, a anidar en los interiores y tejados de las casas (una vez muerta la rata o el animal doméstico infectado, la pulga se puede trasladar fácilmente al huésped humano más próximo en busca de calor); la segunda es que la *Xenopsylla cheopis*, que precisa de unas temperaturas medias elevadas para su desarrollo (entre 15 y 20 °C), puede vivir entre cincuenta y ochenta días después de estar infectada por el bacilo de la peste (y entre seis meses y un año sin roedor anfitrión en estercoleros, nidos de ratas abandonados o fardos de telas), todo lo cual explicaría la rápida difusión de la enfermedad durante el cálido verano de 1348, a pesar del hecho sabido de que la movilidad de la rata negra, al margen de los ejemplares transportados en barcos, es relativamente pequeña; y la tercera condición es que existen parásitos humanos que pueden transmitir la enfermedad desde el individuo infectado a otros sanos, como la pulga *Pulex irritans*, el piojo, la chinche o la garrapata, aunque todos son de menor eficacia patógena. La infección transmitida por todos estos vectores tiene un grado de letalidad del 50 al 75 por 100 y se denomina bubónica, siendo con mucho la más común. Es conocido también que la epidemia continuó expandiéndose durante las estaciones siguientes al verano, lo cual se explica por la segunda posibilidad de transmisión cuyo vector es el vapor de

agua resultante de la respiración de una persona previamente infectada; ésta es la variante pneumónica o pulmonar, que actúa durante los períodos fríos y que parece ser la responsable de la mayor parte de las muertes en determinadas regiones donde la pérdidas fueron muy intensas (Escandinavia e Islandia), ya que su grado de letalidad es del 95 al 100 por 100. Finalmente, existe una última variante, denominada septicémica, la menos frecuente de todas, y transmitida también por los mismos vectores que la bubónica, en donde la infección se produce por la inoculación masiva del bacilo en el torrente sanguíneo, lo que provoca una muerte tan rápida como segura ⁴⁴.

La epidemia de peste que asoló Europa occidental y el norte de Africa fue traída a Europa por los mongoles: en un largo período de más de cien años el gran Imperio Mongol, que abarcaba desde China hasta Rusia, permitió con sus comunicaciones comerciales y militares la ruptura de la "frontera epidemiológica" entre Asia Central, donde la enfermedad tenía su reservorio original, y Europa. Ello ocurrió por medio del contagio de la enfermedad desde las colonias de ratas negras, en las zonas donde la epidemia era endémica, a las de roedores salvajes de las estepas, por la ruta militar del norte, y también por medio del contagio a las colonias de otras ratas negras de las ciudades de la ruta comercial marítimo terrestre de la seda al sur ⁴⁵. En 1346, la epidemia irrumpió entre los mongoles que sitiaban la colonia genovesa de Kaffa, en Crimea, y de allí se trasladó a Europa siguiendo las principales rutas comerciales marítimas, que, a diferencia de la época anterior en que había irrumpido la peste (los siglos VI y VII), ya ponían en contacto el Mediterráneo con el Atlántico (McNeill 1976: 146-149). Una vez en Europa (1348), la plaga se difundió a través de las principales vías terrestres: áreas que hasta hace poco se consideraba que habían quedado libres de la plaga, como Polonia o los Países Bajos también fueron tocadas y en el futuro es probable que el alumbramiento de nueva documentación acabe con las supuestas zonas inmunes ⁴⁶.

⁴⁴ Todos los detalles etiológicos están tomados de BEAN (1963: 424-426), McNEILL (1976: 111), FLINN (1979: 132-138), BURNET Y WHITE (1982: 285-287), GOTTFRIED (1983: 33-37), AUDOUIN-ROUZEAU (1989: 66), TWIGG (1989: 76-77, 83-84, 95), BIRABEN (1991: 531-532), O'NEILL (1993: 276-277), PARK (1993: 613), CARMICHAEL (1993: 628-629) y HORROX (1994: 4-8). Para un repaso de los grandes hitos de la historiografía sobre la peste vid. las referencias del amplio estudio de BETRÁN (1994: 290-302).

⁴⁵ MACNEILL (1976: 132-134, 140-142, 145-146), GOTTFRIED (1983: 86-87) y BURNET Y WHITE (1984: 285). Para los propósitos del artículo es indiferente la polémica sobre las causas que produjeron una mayor movilidad de los jinetes mongoles. Un resumen de la misma en GOTTFRIED (1983: 83-85).

⁴⁶ Vid. al respecto, BLOCKMANS (1984: 111), ABU-LUGHOD (1987: 95), BIRABEN (1991: 552) y O'NEILL (1993: 276). Recientemente para Castilla, una región que en un tiempo se consideró muy poco afectada, RUIZ (1994: 319-322) ha aportado informaciones indirectas de la década de 1350, basadas en el descenso de la documentación conservada, en los despoblados, la evolución de las rentas señoriales y la legislación laboral, que tratan de probar la similar magnitud de los efectos de la epidemia respecto a otros países. Como señala GOTTFRIED (1983: 161), no existió posibilidad científica de que en la Europa del siglo XIV hubiera alguna inmunidad innata o pasiva a la peste.

Los efectos directos del primer ataque de la peste pudieron ocasionar una reducción de entre un cuarto y un tercio de la población de Europa occidental y del norte de África, afectando con más virulencia a unos países que a otros ⁴⁷; para el caso de China, donde la explosión de peste fue inmediatamente anterior, los porcentajes incluso podrían haber sido superiores (McNeill 1976: 143-144; Glotffried 1983: 86). Pero, como es sabido, el impacto deletéreo de la peste reside en su combinación única, entre las enfermedades epidémicas, de virulencia y frecuencia (Gottfried 1983: 38). De tal manera, que los sucesivos rebrotes de la pandemia y sus repercusiones demográficas indirectas tuvieron un efecto a largo plazo, consistente en la reducción de la población europea, a la altura de 1460, a un tercio de la anterior a 1348 (Rösener 1990: 270). En Inglaterra, cada ataque tuvo consecuencias demográficas más leves, pero, en conjunto, la población fue reducida entre un 35 y un 50 por 100. En Francia e Italia, los datos dispersos de parroquias indican la pérdida por los sucesivos ataques de entre la mitad y dos tercios de la población. En Alemania se conjeturan unas cifras de entre un tercio y la mitad de la población. Para el área de Escandinavia e Islandia, de las dos terceras partes. En los Países Bajos, a partir de algunos datos urbanos, se puede aventurar la cifra de un 30 por 100. Y dentro de la Península Ibérica, las pérdidas de la Corona de Castilla se estiman entre un quinto y un tercio, aunque sobre bases documentales muy poco sólidas, oscilando en el resto de los reinos entre un tercio para Aragón y los dos tercios del principado de Cataluña, el reino de Navarra y Portugal ⁴⁸.

Y es que el descenso demográfico se debió no sólo a las muertes directas provocadas por la enfermedad, sino al hecho de que, como los rebrotes se cebaron sobre todo en la población infantil y ocasionalmente en las mujeres, el número de progenitores de las sucesivas generaciones posteriores a cada nuevo ataque se vio mermado lo que, unido al aumento de las tasas de masculinidad, provocó una caída del índice sintético de fecundidad durante varias de esas generaciones ⁴⁹. Es bastante

⁴⁷ Los porcentajes agregados proceden de BIRABEN (1991: 552) y McNEILL (1976: 149). Por su parte, los de GOTTFRIED (1983: 98, 163) son coincidentes para el norte de África, pero su intervalo para Europa es del 25 al 45 por 100. Por países, las aproximaciones que ofrece este autor sobre la reducción demográfica como consecuencia del primer choque de la plaga son las siguientes: de un tercio al 50 por 100 para Italia y Francia, entre un 20 (probablemente correspondiente a Castilla) y un 40 por 100 (en la cuenca mediterránea) para España, del 30 por 100 para Portugal, del 20 al 35 por 100 para los Países Bajos, del 45 al 55 por 100 en Escandinavia, llegando al 60 por 100 en Islandia, y en Europa oriental entre el 20 y el 25 por 100 (GOTTFRIED 1983: 112-117, 122, 126-128, 160). Para Inglaterra, la cifra más repetida es de un tercio (BAILEY 1996: 1). Obviamente, todas estas variaciones son el resultado de diferencias ecológicas y ambientales, entre las que habría que incluir, además, las posibles mutaciones del vacilo de la peste (GOTTFRIED 1983: 160-161).

⁴⁸ Vid. respectivamente, HATCHER (1977: 25, 27), DYER (1991: 182) y HORROX (1994: 234-235); POUNDS (1994: 153-155) y PARAVICINI (1984: 168-169); ABEL (1978: 70-71); CROSBY (1988: 67); BLOCKMANS (1984: 112) y VALDEÓN (1971: 166), VACA (1984: 96) y SOBREQUÉS (1970-71: 75, 77, 91-92).

⁴⁹ POUNDS (1974: 183; 1994: 138-139, 154-155), HATCHER (1977: 27), GOTTFRIED (1983: 259) y BAILEY (1996: 17). Es sintomático que en Castilla, ya las Cortes de Valladolid de 1351 suspendieran la prohibición –hasta entonces vigente– del matrimonio para las viudas antes de que pasara un año (MITRE 1970-71: 618).

probable que la peste provocara también un aumento, aunque limitado en el tiempo, de las muertes por hambre, puesto que la alta mortalidad producida por la epidemia desorganizó los trabajos agrícolas y los transportes y se perdieron muchas inversiones de capital, lo que explicaría la transitoria elevación de los precios después del choque de 1348-50 (Pounds 1994: 135; Boserup 1987a: 699; Crosby 1988: 67). Y en esa misma terrible relación actuaron derechos señoriales como la luctuosa, por la cual cada explotación campesina debía entregar su mejor animal a la muerte del cabeza de familia, viéndose privada de un capital imprescindible para el éxito de la futura cosecha⁵⁰.

3. LAS CAUSAS DE LA DEPRESIÓN: UNA CONCLUSIÓN Y TRES LECCIONES

En conclusión, por la profundidad y universalidad de sus efectos en las pautas demográficas parece razonable pensar que la peste fue el *principal* causante de la depresión agraria bajomedieval. Los argumentos esgrimidos por los partidarios de la teoría de la población resultan demasiado mediatizados por los supuestos sobre los que se sustentan los modelos de Malthus y Ricardo (rendimientos crecientes, renta diferencial, mercados perfectos, ausencia de control voluntario de la natalidad y de progreso tecnológico, existencia de un solo producto y un solo sector) como para que se puedan aplicar con utilidad a la situación agraria de la Baja Edad Media y no tienen en cuenta otros modelos teóricos que, en cambio, sí permiten una interpretación más realista de las posibilidades de adaptación de los campesinos ante el desequilibrio entre los recursos y la población. Por su parte, los partidarios de la teoría marxista, que asumen más allá de su retórica gran parte de los argumentos de la teoría de la población, añaden supuestos de su propia cosecha que o bien resultan imposibles de conciliar con la información disponible (influencia del ingreso real en la mortalidad a largo plazo, superioridad técnica de las grandes explotaciones, hostilidad del campesino al mercado) o bien, cuando ganan en realismo, son poco consistentes con los supuestos básicos materialistas de la propia teoría (presunción culturalista sobre el comportamiento económico de la nobleza).

Unicamente, pues, la peste negra parece el elemento capaz de aglutinar una explicación coherente del cambio de las regularidades estadísticas que, precisamente a partir de la irrupción de la misma, se produjeron en sitios tan distantes como China y Portugal. La depresión agraria fue, así, "una tragedia de naturaleza esencialmente ecológica" (Cipolla 1992: 193): como ha señalado recientemente la profesora Barbara Harvey (1991: 24), "fue de hecho el advenimiento de la peste, un factor exógeno, lo que transformó la vida económica de la Europa occidental en la Baja Edad Media y los cambios que ocurrieron después del evento no podían haber sido predecidos en

⁵⁰ MISKIMIN (1980: 48). Este último argumento se relaciona con la hipótesis de BRENNER (1982: 267, 317, 321) de que el descenso demográfico posterior a la peste fue agravado por el intento de los señores de detener la caída de sus ingresos.

la primera mitad de la centuria"⁵¹. Algunos buscarán oscuras motivaciones ideológicas de largo alcance en la defensa de este planteamiento, a la manera de Guy Bois (1976: 260). Creo, sin embargo, que esta conclusión y, en general, este ejercicio de análisis teórico no implica para nada una "concepción providencial de la historia", sino que tiene un corolario más limitado cual es el de ofrecer algunas provechosas lecciones concretas.

La primera es que el conocimiento de los factores físicos (los elementos materiales de la producción por antonomasia), de los que puede depender la productividad de la tierra o la incidencia de determinadas enfermedades, es siempre importante, y por demás en las economías de base agraria y con débil desarrollo tecnológico, como eran las de la Europa preindustrial o en la actualidad son las de las naciones del Tercer Mundo. Las Ciencias Sociales están demasiado acostumbradas a una historia en la que el hombre transforma su entorno como para reconocer la trascendencia de un episodio que muestra la impotencia del hombre ante la naturaleza. Ahora bien, como ha señalado Gottfried (1983: 19), "este hincapié en los factores ambientales exógenos no excluye los problemas políticos, sociales y económicos generales". Por eso, es importante retener también las otras dos lecciones que ofrece la depresión agraria de la Baja Edad Media.

La segunda lección es que consumir "las mismas gachas rutinarias que el teórico económico da al historiador" –según recordaba en un frecuentemente tergiversado ensayo Solow–, no conduce a nada: la función del historiador debe ser la de elaborar un conjunto de especificaciones sobre el contexto institucional para construir modelos más realistas, pero "parciales en su enfoque y limitados en su aplicabilidad" (Solow 1986: 26). Si la teoría económica ha de ser útil para el análisis de un hecho histórico, ello dependerá de que sus modelos se puedan adaptar a los constreñimientos que impone el conjunto de las reglas de juego en cada caso y, por tanto, siguiendo la máxima de Kindleberger (1990: 10), la aplicación de los modelos teóricos responderá a la misma lógica contingente que la de los pañales: aquellos serán útiles si, como éstos, se cambian con frecuencia.

La última lección, aunque no la menos importante, es que hay que incorporar al análisis la presencia de los accidentes históricos entre los determinantes del cambio económico, como últimamente vienen insistiendo los teóricos del *path dependence*. Para el historiador económico o el historiador en general tales hechos siempre serán menos accidentales y exógenos de lo que lo son para un economista. Y, por tanto, estamos obligados a analizar críticamente la respuesta de los individuos, los grupos sociales y las organizaciones a los cambios provocados por estos factores imprevisibles en el conjunto de relaciones entre las variables endógenas de la población, la tecnología y las instituciones.

⁵¹ El consenso en este punto empieza a ser cada vez mayor. Vid. al respecto las opiniones de BOSERUP (1984: 150), PERSSON (1988: 86), GOLDSTONE (1991: 65), HORROX (1994: 236), que, aunque se manifiesta contra las explicaciones monocausales, considera la peste como el elemento de cambio "más poderoso", y los trabajos recientes reseñados por BAILEY (1996: 1-3). Cabe señalar en esta misma línea la opinión de LADERO (1995: 282), para quien sin la peste y sus sucesivos rebrotes "es muy posible que no se hubiera acuñado el concepto historiográfico "crisis del siglo XIV" con el significado globalizante que ha llegado a tener".

BIBLIOGRAFIA

- ABEL, W. ([1978] 1986): *La agricultura: sus crisis y coyunturas. Una historia de la agricultura y de la economía alimentaria en Europa Central desde la Alta Edad Media*. México, FCE.
- ABU-LUGHOD, J.L. (1989): *Before European Hegemony. The World System A.D. 1250-1350*. Oxford, O.U.P.
- AERTS, E. y VAN CAUWENBERGHE, E. (1984): "El Condado de Flandes y la llamada depresión bajomedieval", en F. SEIBT Y W. EBERHARD eds. (1993: 85-110).
- ALLMAND, C. (1990): *La guerra de los Cien Años. Inglaterra y Francia en guerra, c. 1300-c. 1450*. Barcelona, Crítica.
- ANDERSON, J.L. (1981): "Climatic change in European economic history", *Research in Economic History*, 6, pp. 1-34.
- ANDERSON, J.L. (1991): *Explaining Long-Term Economic Growth*. London, MacMillan.
- ARAQUEM DA SILVA, E. (1987): "Absolute rent", en J. EATWELL, M. MILGATE Y P. NEWMAN eds. (1987 I: 4-5).
- ASTHON, T.H. Y PHILPIN, C.H.E. eds. (1988): *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*. Barcelona, Crítica.
- AUDOIN-ROUZEAU, F. (1989): "La peste et les rats: les réponses de l'archéozoologie", en *Maladi* (pp. 65-71).
- AYMARD, M. (1983): "Autoconsommation et marchés: Chayanov, Labrousse ou Le Roy Ladurie?", *Annales ESC*, 38, pp. 1392-1410.
- BAILEY, M. (1989): "The concept of margin in the medieval English economy", *Economic History Review*, 42 (1), pp. 1-17.
- BAILEY, M. (1991): "Per impetum maris: natural disaster and economic decline in eastern England, 1275-1350", en B.M.S. CAMPBELL Y M. OVERTON eds. (pp. 184-208).
- BAILEY, M. (1996): "Demographic decline in late medieval England: some thoughts on recent research", *Economic History Review*, 49 (1), pp. 1-19.
- BEAN, J.M.W. (1963): "Plague, Population and Economic Decline in England in the Later Middle Ages", *Economic History Review*, 15 (3), pp. 423-437.
- BEAN, R. (1973): "War and Birth of the Nation State", *Journal of Economic History*, 33 (1), pp. 203-231.
- BETRÁN, J.L. (1994): "La peste como problema historiográfico", *Manuscrits*, 12, pp. 283-319.
- BHADURI, A. (1991): "Economic power and productive efficiency in traditional agriculture", en B. GUSTAFSSON ed., *Power and Economic Institutions. Reinterpretation in Economic History*. Aldershot, Edward Elgar, pp. 53-68.
- BILLER, P.P.A. (1980): "Birth-control in the West in the thirteenth and early fourteenth centuries", *Past and Present*, 94, pp. 3-26.
- BIRABEN, C. (1991): "Peste", en A. BURGUIÈRE dir., *Diccionario de las Ciencias Históricas*. Madrid, Akal, pp. 531-536.
- BLOCKMANS, W. [1984 (1993)]: "Los Países Bajos antes y después de 1400: ¿una sociedad en crisis?", en F. SEIBT Y W. EBERHARD eds., pp. 111-129.
- BOIS, G. (1976): *Crise du féodalisme*. Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques / Editions de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.

- BOIS, G. [1985 (1988)]: "Contra la ortodoxia neomalthusiana", en T.H. ASTHON Y C.H.E. PHILPIN eds., pp. 131-143.
- BOSERUP, E. (1967): *Las condiciones del desarrollo en la agricultura. La economía del cambio agrario bajo la presión demográfica*. Madrid, Tecnos.
- BOSERUP, E. (1984): *Población y cambio tecnológico. Estudios de las tendencias a largo plazo*. Barcelona, Crítica.
- BOSERUP, E. (1987a): "Population and Technology in Preindustrial Europe", *Population and Development Review*, 13 (4), pp. 691-701.
- BOSERUP, E. (1987b): "Agricultural development and demographic growth: a conclusion", en A. FAUVE-CHAMOUX ed., pp. 385-389.
- BRAUENSTEIN, P. [1984 (1993)]: "Panorama de la economía francesa a finales de la Edad Media", en F. SEIBT Y W. EBERHARD eds., pp. 155-166.
- BRENNER, R. [1976 (1988)]: "Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial", en T.H. ASTHON Y C.H.E. PHILPIN eds., pp. 21-81.
- BRENNER, R. [1982 (1988)]: "Las raíces agrarias del capitalismo europeo", en T.H. ASTHON Y C.H.E. PHILPIN eds., pp. 254-386.
- BRENNER, R. (1987): "Feudalism", en J. EATWELL, M. MILGATE Y P. NEWMAN eds. II, pp. 309-316.
- BRIDBURY, A.R. (1977): "Before the Black Death", *Economic History Review*, 30 (3), pp. 393-410.
- BRITNELL, R.H. (1993): *The commercialisation of English society 1000-1500*. Cambridge, C.U.P.
- BURNET, M. Y WHITE, D.O. (1984): *Historia natural de la enfermedad infecciosa*. Madrid, Alianza.
- CAMPBELL, B.M.S. (1983): "Agricultural progress in medieval England: some evidence from eastern Norfolk", *Economic History Review*, 36 (1), pp. 26-46.
- CAMPBELL, B.M.S. (1991): "Land, labor, livestock, and productivity trends in English seigniorial agriculture, 1208-1450", en B.M.S. CAMPBELL Y M. OVERTON eds., pp. 144-182.
- CAMPBELL, B.M.S. ed. (1991): *Before the Black Death. Studies in the "crisis" of the early fourteenth century*. Manchester, Manchester Univ. Press.
- CAMPBELL, B.M.S. Y OVERTON, M. eds. (1991): *Land, labour and livestock: historical studies in European agricultural productivity*. Manchester, Manchester Univ. Press.
- CAMPBELL, B.M.S. Y OVERTON, M. (1993): "A new perspective on medieval and early modern agriculture: six centuries of Norfolk farming c.1250-c.1850", *Past and Present*, 141, pp. 38-105.
- CAMPOS, J.E.L. Y ROOT, H.L. (1991): "L'evoluzione dell'economia rurale in Europa: l'influenza del mercato sulle norme consuetudinarie dei contadini", *Quaderni Storici*, 78, pp. 917-940.
- CARMICHEL, A.G. (1993): "Bubonic Plague", en K.K. KIPLE ed., pp. 628-631.
- CIPOLLA, C.M. (1992): *Historia económica de la Europa preindustrial*. Madrid, Alianza.
- CLARK, G. (1988): "The Cost of Capital and Medieval Agricultural Technique", *Explorations in Economic History*, 25 (2), 265-294.
- CLARK, G. (1991a): "Yields per acre in English agriculture, 1250-1860: evidence from labour inputs", *Economic History Review*, 44 (3), pp. 445-460.

- CLARK, G. (1991b): "Labour productivity in English agriculture, 1300-1860", en B.M.S. CAMPBELL Y M. OVERTON eds., pp. 211-235.
- CLARK, G. (1992): "The Economics of Exhaustion, the Postan Thesis, and the Agricultural Revolution", *Journal of Economic History*, 52 (1), pp. 61-84.
- CONTAMINE, P. (1984): *La guerra en la Edad Media*. Barcelona, Labor.
- CORTONESI, A. (1995): "Note sull'agricoltura italiana fra XIII e XIV secolo", en *Europa* (1995: 87-128).
- CROSBY, A.W. (1988): *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*. Barcelona, Crítica.
- DAY, J. (1987): *The Medieval Market Economy*. Oxford, Basil Blackwell.
- DOMÍNGUEZ, R. (1995): "Campesinos racionales con estrategias adaptativas", en A. MONTESINO ed., *Estudios sobre la sociedad tradicional cántabra. Continuidades, cambios y procesos adaptativos*. Santander, Servicio de Publicaciones de la Univ. de Cantabria, 157-179.
- DUBY, G. ([1962] 1973): *Economía rural y vida campesina en el occidente medieval*. Barcelona, Península.
- DUBY, G. ([1979] 1986): *Europa en la Edad Media*. Barcelona, Paidós.
- DYER, C. (1991): *Niveles de vida en la Baja Edad Media. Cambios sociales en Inglaterra, c.1200-1520*. Barcelona, Crítica.
- EATWELL, J., MILGATE, M. Y NEWMAN, P. eds. (1987): *The New Palgrave. A Dictionary of Economics*. Cambridge, MacMillan, 4 vols.
- EKELUND, R.B. Y HÉRBERG, R.F. (1991): *Historia de la teoría económica y de su método*. Madrid, McGraw Hill.
- ELL, S.R. (1993): "Disease Ecologies in Europe", en K.K. KIPLE ed., pp. 504-519.
- ELLIS, F. (1988): *Peasant economics. Farm households and agrarian development*. Cambridge, C.U.P.
- EPSTEIN, S.R. (1994): "Regional fairs, institutional innovation, and economic growth in late medieval Europe", *Economic History Review*, 47 (3), pp. 459-482.
- Europa* (1995): ... *en los umbrales de la crisis (1250-1350)*. XXI Semana de Estudios Medievales. Pamplona, Gobierno de Navarra.
- FAUVE-CHAMOUX, A. ed. (1987): *Evolution agraire et croissance démographique*. Liege, Ordina Editions.
- FEDERICO, G. (1987): "Contadini e mercato: tattiche di sopravvivenza", *Società e storia*, 38, pp. 877-913.
- FLINN, D.O. (1979): "Plague in Europe and the Mediterranean Countries", *Journal of European Economic History*, 8 (1), pp. 131-148.
- FONT, I. (1988): *Historia del clima de España. Cambios climáticos y sus causas*. Madrid, Instituto Nacional de Meteorología.
- FONTANA, J. (1974): *La "crisis" de la Baja Edad Media*. Universidad Autónoma de Barcelona (inédito).
- FORTÚN, L.J. (1995): "Espacio rural y estructuras señoriales en Navarra (1250-1350)", en *Europa*, pp. 129-169.
- FOURQUIN, G. (1979): *Histoire économique de l'Occident médiéval*. Paris, Armand Collin.
- GALLOWAY, P.R. (1986): "Long-Term Fluctuations in Climate and Population in the Preindustrial Era", *Population Development Review*, 12 (1), pp. 1-24.

- GENET, J.P. (1995): "Le développement des monarchies d'Occident est-il une conséquence de la crise?", en *Europa*, pp. 247-273.
- GOLDSTONE, J.A. (1991): "The Causes of Long Waves in Early Modern Economic History", *Research in Economic History*, Suppl. 6, pp. 51-92.
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ, M. (1995): "Poblamiento de la Baja Andalucía: de la repoblación a la crisis (1250-1350)", en *Europa*, pp. 63-86.
- GOODFRIEND, M. Y McDERMOTT, J. (1995): "Early Development", *American Economic Review*, 85 (1), pp. 116-133.
- GOTTFRIED, R.S. ([1983] 1993): *La muerte negra. Desastres naturales y humanos en la Europa medieval*. México, F.C.E.
- GRIGG, D.B. (1980): *Population growth and agrarian change. An historical perspective*. Cambridge, C.U.P.
- GRIGG, D.B. (1982): *The dynamics of agricultural change. The historical experience*. London, Hutchinson.
- GRIGG, D.B. (1984): *An Introduction to Agricultural Geography*. London, Unwin & Hyman.
- GUNDERSON, G. (1977): "Real incomes in the Late Middle Ages: a test for the common case of diminishing returns", *Social Science History*, 2 (1), pp. 90-118.
- GUNZBERG, J. (1989): "Las crisis de mortalidad en la Barcelona del siglo XIV", *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 7 (2), pp. 9-35.
- HARVEY, B. (1991): "Introduction: the «crisis» of the early fourteenth century", en B.M.S. CAMPBELL ed., pp. 1-24.
- HARRIS, M. ([1977] 1987): *Canibales y reyes. Los orígenes de la cultura*. Madrid, Alianza.
- HATCHER, J. (1977): *Plague, Population and the English Economy, 1348-1530*. London, McMillan.
- HATCHER, J. (1994): "England in the aftermath of the Black Death", *Past and Present*, 144, 3-35.
- HILTON, R. [1951 (1988)]: "¿Hubo una crisis general del feudalismo?", en R. HILTON, pp. 155-163.
- HILTON, R. (1965): "Rent and capital formation in feudal society", en *Second International Conference of Economic History*. Paris, Mouton, vol. 2, pp. 33-68.
- HILTON, R. (1978): "Razones de la desigualdad entre los campesinos medievales", en R. HILTON (1988: 51-70).
- HILTON, R. [1978 (1988)]: "Una crisis en el feudalismo", en T.H. ASTON Y C.H.E. PHILPIN eds., pp. 144-163.
- HILTON, R. (1988): *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*. Barcelona, Crítica.
- HODGETT, G.A.J. (1974): *Historia económica y social de la Europa medieval*. Madrid, Alianza.
- HORROX, R. (1994): *The Black Death*. Manchester, Manchester Univ. Press.
- HYMER, S. Y RESNICK, S. (1969): "A Model of an Agrarian Economy with Nonagricultural Activities", *American Economic Review*, 59 (4), pp. 493-504.
- KERSHAW, I. (1973): "The Great Famine and agrarian crisis in England", *Past and Present*, 59, 3-50.
- KINDLEBERGER, C.P. (1990): *Historical Economics. Art of Science?* Berkeley. Univ. of California Press.
- KIPLE, K.K. ed. (1993): *The Cambridge World History of Human Disease*. Cambridge, C.U.P.

- KOENIGSBERGER, H.G. (1991): *La Edad Media, 400-1500*. Barcelona, Crítica.
- KRIEDELTE, P. (1983): *Feudalismo tardío y capital mercantil. Líneas maestras de la historia económica europea desde el siglo XVI hasta finales del XVIII*. Barcelona, Crítica.
- LADERO, M.A. (1995): "La Corona de Castilla: transformaciones y crisis políticas, 1250-1350", en *Europa* (1995: 275-322).
- LAMB, H.H. (1982): *Climate, History and the Modern World*. London, Methuen.
- LEE, R. (1993): "Accidental and Systematic Change in Population History: Homeostasis in a Stochastic Setting", *Explorations in Economic History*, 30 (1), pp. 1-30.
- LIS, C. Y SOLY, H. (1982): *Pobreza y capitalismo en la Europa preindustrial (1350-1850)*. Madrid, Akal.
- LÓPEZ, R.S. ([1971] 1981): *La revolución comercial en la Europa Medieval*. Barcelona, El Albir.
- LUNDEN, K. (1974): "Some Causes of Change in a Peasant Economy: Interactions between Cultivated Area, Farming Population, Climate, Taxation and Technology. A Theoretical Analysis of the Norwegian Peasant Economy c.800-1600", *Scandinavian Economic History Review*, 22 (4), 117-135.
- LUNN, P.G. (1989): "Nutrition, immunité et infection", *Annales de Démographie Historique*, 111-124.
- MACKAY, A. (1981): "Climate and popular unrest in late medieval Castile", en T.M.L. WIGLEY, M.J. INGRAM y G. FARMER eds., *Climate and History: Studies in Past Climates and their Impact on Man*. Cambridge, C.U.P., 356-376.
- MACKAY, A. (1984): "Ciudad y campo en la Europa medieval", *Studia Historica (Historia Medieval)*, 2 (2), 27-53.
- Maladi* (1989): ... *et Société (XIIe-XVIII siècles)*. Actes du Colloque du Bielefeld. Paris, Editions du CNRS.
- MALTHUS, T.R. ([1798] 1982): *Primer ensayo sobre la población*. Madrid, Alianza.
- MARX, K. ([1850] 1979): *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*. Moscú, Progreso (traducción basada en la ed. de Moscú de 1930).
- MARX, K. ([1857-1858] 1977): *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*. Barcelona, Crítica (traducción basada en la ed. de Moscú de 1939-41).
- MARX, K. ([1890] 1976-78): *El capital. Crítica de la economía política*. Madrid, Akal, 8 vols. (traducción basada en la edición alemana de 1962 sobre la 4ª ed. de 1890, revisada y editada por F. Engels).
- MATE, M. (1991): "The agrarian economy of south-east England before the Black Death: depressed or bouyant?", en B.M.S. CAMPBELL ed., pp. 79-109.
- MCCLOSKEY, D.N. (1991): "The Prudent Peasant: New Findings on Open Fields", *Journal of Economic History*, 51 (2), 343-355.
- McKEOWN, T. (1990): *Los orígenes de las enfermedades humanas*. Barcelona, Crítica.
- McNEILL, W.H. (1976): *Plagues and Peoples*. New York, Anchor Press / Doubleday.
- MILL, J.S. ([1848] 1951): *Principios de economía política con alguna de sus aplicaciones a la filosofía social*. México, F.C.E. (traducción basada en la 3ª ed. de 1871).
- MISKIMIN, H.A. (1980): *La economía de Europa en el Alto Renacimiento (1300-1460)*. Madrid, Cátedra.

- MITRE, E. (1970-71): "Algunas cuestiones demográficas en la Castilla de fines del siglo XIV", *Anuario de Estudios Medievales*, 7, 615-621.
- MONTANARI, M. (1993): *El hambre y la abundancia. Historia y cultura de la alimentación en Europa*. Barcelona, Crítica.
- MONTANI, G. (1987): "Extensive and intensive rent", en J. EATWELL, M. MILGATE Y P. NEWMAN eds., Vol. III, pp. 254-256.
- MUELLER, R.C. [1984 (1993)]: "La situación económica de Italia en la Baja Edad Media", en F. SEIBT Y W. EBERHARD eds., pp. 181-195.
- MÜLLER, A.F. von [1984 (1993)]: "Entre «la crisis» y las crisis: la sociedad en Italia hacia 1400", en F. SEIBT y W. EBERHARD eds., pp. 196-212.
- MUNRO, J.H. (1991): "Industrial transformations in the north-west European textile trades, c.1290-c.1340: economic progress or economic crisis?", en B.M.S. CAMPBELL ed., pp. 110-148.
- NELL, E.J. (1967): "Relaciones económicas en el declive del feudalismo: un examen de la interdependencia económica y del cambio social", en E.J. NELL (1984: 41-94).
- NELL, E.J. [1974 (1984)]: "Presión demográfica y métodos de cultivo: una crítica de la teoría sin clases sociales", en E.J. NELL pp. 157-174.
- NELL, E.J. (1984): *Historia y teoría económica*. Barcelona, Crítica.
- NORTH, D.C. Y THOMAS, R.P. ([1973] 1980): *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*. Madrid, Siglo XXI.
- O'NEILL, Y.V. (1993): "Diseases of the Middle Ages", en K.K. KIPLE ed. (1993: 270-279).
- ORMROD, W.M. (1991): "The crown and the English economy, 1290-1348", en B.M.S. CAMPBELL ed. (1991: 149-183).
- ORMROD, W.M. (1995): "The West European Monarchies in the Later Middle Ages", en R. BONNEY ed., *Economic Systems and State Finance*. Oxford, O.U.P., 123-160.
- OVERTON, M. Y CAMPBELL, B.M.S. (1991): "Productivity change in European agricultural development", en B.M.S. CAMPBELL y M. OVERTON eds. (1991: 1-51).
- PARAVICINI, W. (1984): "La crisis de la sociedad francesa en tiempos de la Guerra de los Cien Años", en F. SEIBT y W. EBERHARD eds. (1993: 167-180).
- PARK, K. (1993): "Black Death", en K.K. KIPLE ed. (1993: 612-616).
- PENN, S.A.C. Y DYER, C. (1990): "Wages and earnings in late medieval England: evidence from the enforcement of the labour laws", *Economic History Review*, 43 (3), 356-376.
- PERSSON, K.G. (1988): *Pre-Industrial Economic Growth. Social Organization and Technological Progress in Europe*. Oxford, Basil Blackwell.
- PERSSON, K.G. (1991): "Labour productivity in medieval agriculture: Tuscany and the «Low Countries»", en B.M.S. CAMPBELL y M. OVERTON eds., pp. 124-143.
- PERSSON, K.G. (1993a): "Total Factor Productivity Growth in English Agriculture, 1250-1450", *Discussion Papers*, 11 (Institute of Economics, Univ. of Copenhagen).
- PERSSON, K.G. (1993b): "Was there a productivity gap between fourteenth-century Italy and England?", *Economic History Review*, 46 (1), 105-114.
- PINTO, G. (1995): "Popolazione e comportamenti demografici in Italia (1250-1350)", en *Europa* (1995: 37-61).
- POSTAN, M.M. [1942 (1981)]: "Algunas consecuencias sociales de la guerra de los Cien Años", en M.M. POSTAN pp. 64-80.

- POSTAN, M.M. [1950 (1981)]: "Algunos datos agrarios sobre el descenso de la población en la Baja Edad Media", en M.M. POSTAN, pp. 243-277.
- POSTAN, M.M. (1981): *Ensayos sobre agricultura y problemas generales de la economía medieval*. Madrid, Siglo XXI.
- POSTAN, M.M. Y HATCHER, J. [1978 (1988)]: "Población y relaciones de clase en la sociedad feudal", en T.H. ASTHON Y C.H.E. PHILPIN eds., pp. 82-99.
- POSTAN, M.M. Y TITOW, J. (1959): "*Heriots* y precios en los *manors* de Winchester", en M.M. POSTAN (1981: 193-242).
- POUNDS, N.J.G. ([1974] 1981): *Historia económica de la Europa medieval*. Barcelona, Crítica.
- POUNDS, N.J.G. (1992): *La vida cotidiana; historia de la cultura material*. Barcelona, Crítica.
- POUNDS, N.J.G. (1994): *An Economic History of Medieval Europe*. London, Longman (2^a ed.).
- POWER, E. (1933): "On the Medieval History as a Social Study", en N.B. HARTE ed. (1971), *The Study of Economic History. Collected Inaugural Lectures, 1893-1970*. London, Frank Cass, pp. 109-125.
- PUEYO, P. (1993): "La peste negra en la diócesis de Zaragoza: el Registro de Actos Comunes del arzobispo Guillermo de Agrifolio (1348-1350)", *Aragón en la Edad Media*, 10-11, pp. 705-735.
- PULLEN, J.M. (1987): "Malthus, Thomas Robert", en J. EATWELL, M. MILGATE y P. NEWMAN eds. III, pp. 280-285.
- RICARDO, D. ([1817] 1973): *Principios de economía política y tributación*. México, F.C.E. (traducción basada en la 3^a ed. de 1821).
- RIMA, I.H. (1995): *Desarrollo del análisis económico*. Madrid, Irwin.
- RÖSENER, W. (1990): *Los campesinos en la Edad Media*. Barcelona, Crítica.
- RUIZ, T.F. (1994): *Crisis and Continuity. Land and Town in Late Medieval Castile*. Philadelphia, Univ. of Pennsylvania Press.
- SANTIAGO, R. DE (1995): "El «Ensayo» de Malthus en perspectiva", *Investigaciones Históricas*, 13, pp. 241-249.
- SARASA, E. (1991): *Las claves de la crisis en la Baja Edad Media, 1300-1450*. Barcelona, Planeta.
- SEIBT, F. Y EBERHARD, W. eds. ([1984] 1993): *Europa 1400. La crisis de la Baja Edad Media*. Barcelona, Crítica.
- SESMA, J.A. (1995): "Producción para el mercado, comercio y desarrollo mercantil en espacios interiores (1250-1350): el modelo del sur de Aragón", en *Europa*, pp. 205-246.
- SHIEL, R.S. (1991): "Improving soil productivity in the pre-fertiliser era", en B.M.S. CAMPBELL Y M. OVERTON eds., pp. 51-77.
- SILVER, M. (1983): "A Non-Neo Malthusian Model of English Land Value, Wages, and Grain Yield Before the Black Death", *Journal of European Economic History*, 12 (3), pp. 631-650.
- SLICHER VAN BATH, B.H. ([1959] 1978): *Historia agraria de la Europa occidental (500-1850)*. Barcelona, Península.
- SMITH, A. ([1776] 1983): *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Barcelona, Orbis, 3 vols. (edición revisada de la traducción al español de 1794 debida a D. Josef Alonso Ortiz).

- SMITH, R.M. (1991): "Demographic developments in rural England, 1300-48: a survey", en B.M.S. CAMPBELL ed., pp 25-77.
- SOBREQUES, J. (1970-71): "La peste negra en la Península Ibérica", *Anuario de Estudios Medievales*, 7, pp. 67-101.
- SOLOW, R.E. (1986): "Economics: Is Something Missing?", en W.N. Parker ed., *Economic History and the Modern Economist*. Princenton, Princenton Univ. Press, pp. 21-29.
- SOMBART, W. ([1912] 1979): *Lujo y capitalismo*. Madrid, Alianza.
- SOMBART, W. ([1913] 1982): *El burgués. Introducción a la historia espiritual del hombre económico moderno*. Madrid, Alianza.
- THORNTON, C. (1991): "The determinants of land productivity on the Bishop of Winchester's demesne of Rimpleton, 1208 to 1403", en B.M.S. CAMPBELL Y M. OVERTON eds., pp. 183-210.
- TITOW, J. (1994): "Lost Rents, Vacant Holdings and the Contraction of Peasant Cultivation after the Black Death", *Agricultural History Review*, 42 (2), pp. 97-114.
- TWIGG, G.I. (1989): "The Black Death in England: an epidemiological dilemma", en *Maladi*, pp. 75-98.
- VACA, A. (1984): "La Peste Negra en Castilla. Aportación al estudio de algunas de sus consecuencias económicas y sociales", *Studia Historica (Historia Medieval)*, 2 (2), pp. 89-107.
- VACA, A. (1990): "La Peste Negra en Castilla. Nuevos testimonios", *Studia Historica (Historia Medieval)*, 8, pp. 159-171.
- VAGGI, G. (1987): "Quesnay, Françoise", en J. EATWELL, M. MILGATE y P. NEWMAN eds. (1987 IV: pp. 22-29).
- VALDEÓN, J. (1969): "Aspectos de la crisis castellana en la primera mitad del siglo XIV", *Hispania*, 111, pp. 5-24.
- VALDEÓN, J. (1971): "La crisis del siglo XIV en Castilla: revisión de un problema", *Revista de la Universidad de Madrid*, 79, pp. 161-184.
- VALDEÓN, J. (1984): "Reflexiones sobre la crisis bajomedieval en Castilla", *En la España Medieval*, 4 (2), pp. 1047-1060.
- VALDEÓN, J. (1989): "La crisis del siglo XIV en la Corona de Castilla", en M.J. HIDALGO DE LA VEGA ed., *La Historia en el contexto de las Ciencias Humanas y Sociales. Homenaje a Marcelo Vigil Pascual*. Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Univ. de Salamanca, pp. 217-235.
- VAN DER WEE, H. (1978): "Introduction. The agricultural development of the Low Countries as revealed by the tithe and rent statistics, 1250-1800", en H. VAN DER WEE Y E. VAN CAUWENBERGHE eds., *Productivity of land and agricultural innovation in the Low Countries (1250-1800)*. Leuven, Leuven Univ. Press, pp. 1-24.
- VAN DER WOUDE, A. (1987): "Boserup's thesis and the historian", en A. FAUVE-CHAMOUX ed., pp. 381-384.
- VEBLEN, T. ([1899] 1987): *Teoría de la clase ociosa*. Barcelona, Hyspampérica (Orbis).
- VERHULST, A. (1990): *Precis d'histoire rurale de la Belgique*. Bruxelles, Ed. de l'Univ. de Bruxelles.
- VILAR, P. (1959): "El declive catalán de la Baja Edad Media. Hipótesis sobre su cronología", en P. VILAR (1980), *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*. Barcelona, Ariel, pp. 252-331.

- VIVO, G. DE (1987): "Ricardo, David", en J. EATWELL, M. MILGATE y P. NEWMAN eds. IV, pp. 183-198.
- VRIES, J. DE (1972): "Labor / Leisure Trade-off", *Peasant Studies Newsletter*, 1 (3), pp. 45-50.
- VRIES, J. DE (1974): *The Dutch Rural Economy in the Golden Age, 1500-1700*. New Haven, Yale Univ. Press.
- VRIES, J. DE (1983): "Poverty and capitalism", *Theory and Society*, 12, pp. 245-255.
- WATKINS, S.C. Y MENKEN, J. (1985): "Famines in Historical Perspective", *Population and Development Review*, 11 (4), pp. 647-675.
- WATTS, D.G. (1967): "A Model for the Early Fourteenth Century", *Economic History Review*, 20 (4), pp. 543-547.
- WEIR, D.R. (1987): "Malthus's theory of population", en J. EATWELL, M. MILGATE Y P. NEWMAN eds. (1987 III: pp. 290-293).
- ZULAICA, F. (1994): *Fluctuaciones económicas en un período de crisis. Precios y salarios en Aragón en la Baja Edad Media (1300-1430)*. Zaragoza, Institución "Fernando el Católico".